

Y

2164

1898

Lecturas Católicas de Bogotá

Año II - Febrero. 1898 - Ent. 14.

Episodios milagrosos de Lourdes

LA SEÑORITA

DE FONTENAY



BOGOTÁ
TIPOGRAFÍA SALESIANA
1898.

EPISODIOS MILAGROSOS DE LOURDES.

LA SEÑORITA
DE FONTENAY

POR
ENRIQUE LASSERRE

TRADUCCION DE

LORENZO CAMPANO



BOGOTA
TIPOGRAFIA SALESIANA
1898

EPICÓDIO MILAGROSO DE LA FOUNTAIN

LA SEÑORITA

DE FONTENAY

UNIVERSIDAD

ENRIQUE L. ASSERRE

Con aprobación *Eclesiástica*.

ENRIQUE L. ASSERRE

LORENZO CAMPAÑO

Sala de Patrimonio Documental



BOGOTA

TIPOGRAFIA SALESIANA

1881

2164
1898

I

AL SEÑOR DON ENRIQUE LASSERRE

Autún, 10 de Septiembre de 1882.

Señor:

La publicidad de la narración que nos comunica, es para mí, como U. no lo ignora, objeto de un costoso sacrificio. Es mucho más de lo que yo pudiera decir, eso de ver expuestas á los ojos de todo el mundo cosas tan íntimas.

Pero toda vez que la gloria de la Santísima Virgen puede hallarse interesada en la revelación de sus bondades, me decido á vencer esta repugnancia y declaro, lo mismo que mi familia, que conmigo firma la presente, que cuanto U. dice en su relato es enteramente exacto.

Permítame U. sin embargo añadir que en él se encuentran algunas apreciaciones demasiado benévolas y ciertos retratos un tanto favorecidos que estimaría mucho se suprimieran ó modificaran.

JUANA MARIA DE FONTENAY, hija de María.—E. DE FONTENAY.—SRA. DE FONTENAY.—MARTA DE FROISSARD-BROISSIA.—JOSÉ DE FONTENAY, S. J.—ENRIQUE DE FONTENAY.

II.

RESPUESTA A LA CARTA PRECEDENTE

Les Bretoux, 12 de Septiembre de 1888

Señorita:

La gloria de la santísima Virgen, misma así lo ha comprendido, no permite dejar en la oscuridad ni pasar en silencio el hecho notable de que otro tiempo la Providencia me ha testigo en la Cripta de Lourdes. El tanto cumplimiento un tanto para U., cierto, pero infinitos tantos más, persuádase U. de ello, para bien de las almas y edificación del pueblo cristiano.

En cuanto á mis apreciaciones personales y al colorido de mis retratos puedo ¡ay! ni aun por evitar á U. más mínimo disgusto, renunciar justos derechos de la Historia. Así pues creo me perdonará U. que dé á luz estas páginas tal como me las han dictado la sinceridad del pensamiento y la integridad de mi conciencia.

Ruegue U. á Nuestra Señora de Lourdes se sirva bendecir este relato emplearlo en derramar en todos los corazones estos tres santos bienes: la fe, la esperanza y la caridad,

ENRIQUE LASSERRE

III

AL SEÑOR DON ENRIQUE LASSERRE.

Lourdes, 16 de Septiembre de 1882.

Señor:

Acabo de leer su narración. La historia que V. cuenta, historia en la cual mi nombre se mezcla por algo y cuyos menores incidentes desde hace largo tiempo conocía, no podía ser redactada con más respetuosa exactitud. Me cuento dichoso en poder añadir mi testimonio a la familia de Fontenay.

DE MUSY, *Cura de Chagny.*



LA SEÑORITA DE FONTENAY

I

En 1865, la señorita Juana contaba diez y ocho primaveras. Tenía imaginación viva, corazón entusiasta, cuerpo esbelto y animoso. Iba, venía y corría, arrebatada por esa llama juguetona de la juventud que se despierta á la vida y que nada quiere perder del deslumbrante espectáculo que la naturaleza ofrece á las miradas de esa dichosa edad. Llena de

vida, respirando salud, dotada de nervios delicados para sentir con mayor fuerza, vestida de acerados músculos para moverse, correr y saltar sin fatiga, gustábale á Juanita el aire libre del campo, y despreciaba con decisión los ardores del sol, las ráfagas del viento y la intemperie de las estaciones. Los hielos y las nieves del invierno no bastaban á impedir sus correrías de exploración por los cerros, los prados y los bosques comarcanos bañados por el Meurthe.

El Cielo la había dotado de una gracia exterior encantadora: sus facciones de líneas regulares y bien definidas, sus grandes ojos negros, su sedosa cabellera cuyas largas trenzas rolladas coronaban su gallarda cabeza, su talle flexible, su andar compasado y majestuoso, presentaban á su persona un conjunto que atraía la atención y se grababa en la memoria.

Educada en el colegio del Sagrado Corazón de Nancy por ilustradas y piadosas maestras, su instrucción era completa según el mundo y perfecta según la Iglesia. Su inteligencia

había sido encaminada á amar lo bello y lo verdadero, y su alma á amar el bien. Y para ella el tipo del bien, de la verdad, de la hermosura real, después de nuestro divino Señor, era por cima de toda criatura, la Santísima Virgen Inmaculada, á quien profesaba una devoción ardiente. El título de gloria más querido para ella no consistía en otra cosa que en llevar entre sus nombres de bautismo el de la Reina de los cielos y en haber sido de este modo consagrada como hija á esta Madre por excelencia. Siempre firmaba «Juana María, *hija de María.*»

Su padre era de noble alcurnia y ocupaba una importante posición en esa parte elevada de la industria que se roza con el arte y se confunde con él: el señor de Fontenay era director de la célebre cristalería de Baccarat. Los obreros que habían visto á Juanita al salir de la cuna dar sus primeros pasos en el verde césped de la Manufactura, sentían placer ahora al contemplarla ya jugando y corriendo por el parque lo mismo que una

gacela, ya en el camino que conduce á la población, llevando en la mano ó bajo el brazo algún misterioso paquete. Así cargada y á veces encorvándose bajo el peso, ¿á dónde se dirigía? Iba acompañada de una hermana de la Caridad ó de su madre, á penetrar en el asilo de la indigencia ó en la alcoba de algún enfermo, á llevar lo necesario y aún á veces lo superfluo, atendiendo á las palabras de Jesucristo: «Lo que hagáis por el menor de entre ellos lo haréis por mí.» Y hé aquí que en todo el país era mirada como su ángel tutelar.

Atribuyendo al Señor todos los esplendores de la creación, dándole gracias por todos los bienes de que ella gozaba y aceptando sus dones con reconocimiento, el corazón de Juanita, como un límpido manantial, derramaba el exceso de su felicidad por todas partes. En el camino ante ella abierto y que debía recorrer, veía á la fortuna tender sus blandas alfombras y sembrarlas de flores á manos llenas. Era la aurora que risueña se levantaba para ella; era la

alegre primavera de la vida. En el pensil de su alma cantaban las aves del Paraíso saludándola con sus matinales y encantadores concertos. Así es que en su sér bienaventurado todo era regocijo y celestial armonía; todo cuanto la rodeaba se vestía con las galas de la amable inocencia. El día presente se llamaba Ventura, el que debía seguirle se llamaba Esperanza. Un cielo sereno brillaba sobre su cabeza, sus ojos no veían sino risueños paisajes y horizontes sin hinchadas nubes amenazadoras. Felicidad, salud, juventud, riquezas, cristiana fe, ciencia humana: todo lo poseía aquella niña angelical.... ¿Qué podía faltarle? ¿Qué podía desear? — Nada.

Químico distinguido, á quien el arte de la cristalería debe notables progresos, el señor de Fontenay era un hombre cuyo talento corría parejas con su modestia. Todo el mundo admiró en la Exposición de 1867, las incomparables maravillas que bajo su dirección habían sido ejecutadas (1).

(1) Hé aquí lo que al hablar de él dice el ilustrado químico señor Dumas: "El señor de Fontenay fué quien,

Pero aun era más y mejor de fe y de caridad.

La población obrera de Baccarat estaba segura de encontrar siempre, cerca de su paternal Director, socorros y remedios en sus necesidades. El noble cristalero era venerado y bendecido por aquellas honradas gentes que él guiaba hacía veinticinco años por la gloriosa senda del trabajo, y también, con la grande enseñanza del ejemplo, por la no menos excelente de las prácticas religiosas, realizando así el tipo (harto raro, ¡ay! en nuestros días) del industrial cristiano. Hallábase auxiliado en esta sublime tarea por una esposa digna de él.

Las bendiciones del cielo coronaban esta casa. Del casamiento del señor de Fontenay con doña Marta de

apenas salido de la escuela, *transformaba la industria de los cristales* creando en Francia la cristalería de color, pintada ú ornamentada, que vino á ser objeto de un vasto comercio ...” — “*La primera fabricación de los vasos de color*, dice también el señor Emilio Muller, se debe á de Fontenay, quien abrió el camino glorioso á nuestros ingenios con los brillantes éxitos de cristalería de Baccarat, personificada por espacio de treinta años en su director, al cual debemos además interesantes estudios acerca de los combustibles leñosos.” (Discurso de los SS. Dumas y Muller, del 21 de Junio de 1879, bajo la presidencia del Ministro de la Agricultura y del Comercio, con motivo de la celebración del quincuagésimo aniversario de la fundación de la Escuela de Artes y Manufacturas).

Froisard - Broissia, nacieron cinco hijos. Dos de ellos, Antonio y Marta volaron en su niñez á la eternal mansión de la patria común. Los otros tres labraban la alegría y el encanto del hogar doméstico. El hijo mayor, Enrique, seguía las huellas de su padre y se complacía á su vez en sorprender en medio de las redomas y de los alambiques, los fecundos secretos de la naturaleza por el Criador encerrados en la constitución de los cuerpos. En esta época su hermano José, que sólo contaba de diez á once años, era bullicioso, saltarín, lleno de ardor y arrebató. Era una llama, pero una llama pura: ningún viento la hacía oscilar ni la encorvaba hacia la tierra; siempre subía derecha al cielo. Tenía, si así puede decirse, toda la impetuosidad de la inocencia. El mayor era ya el fruto que empieza á madurar; el joven el retoño lleno de savia, pronto á desarrollarse. Entre éste y aquél, Juanita era la flor primaveral luciente y perfumosa... ¿Qué faltaba pues á esta santa familia? — Nada.

Nos engañamos. A esta familia y á Juana le faltaba una cosa: la Desgracia.

Paseándose por los vastos almacenes de Baccarat, asaltaban la vista á todas horas, los más brillantes modelos de cristalería antigua y moderna. Aquí y allí en magníficos vasos de cristal muselina, ornados de flores esculpidas á cincel y de artísticos arabescos, figuraban ilustres nombres, blasones antiguos, esclarecidos emblemas. Por todas partes centelleaban las grandes arañas de innumerables pendientes chaflanados; las urnas, las copas, los candelabros, las girándulas de visos] multicolores. ¡Ay! ¡ay! es el caso de recordar la estrofa melancólica y terrible del viejo Corneille (1):

Toda esa felicidad,
Polvo instable, al aire vuela;
Vaso de cristal fulgente,
Pronto cayendo se quiebra!

(1) Pedro Corneille, *Poliucto*,

II

Un día, por causa del arrebató de los caballos ó de la poca destreza del cochero, Juana estuvo á pique de perder la vida. Un choque violento é inesperado la arrojó fuera del coche que volcó al mismo tiempo sobre ella, aplastándola bajo su enorme peso... No sufrió fractura alguna; pero este accidente, que más adelante vino á agravar una caída de á caballo, ocasionó en el organismo de la joven una honda perturbación, cuyas consecuencias, andando el tiempo, debían ser hartó más funestas que toda fractura.

Estas consecuencias, sin embargo, no fueron desde luégo muy notables. Aunque un tanto debilitada, al cabo de un breve tiempo, Juana parecía estar ya bastante restablecida para que durante el año de 1867 pudiera realizar el sueño constante de su infancia: ir con su madre á pasar

dos meses en la capital del mundo cristiano.

Allí vió al Papa Pio IX, y como precioso recuerdo de su viaje, trajo un rosario que el Padre Santo había tenido en su mano durante toda la audiencia: desde entonces Juana lo llevaba consigo.

Un episodio de este viaje se grabó particularmente en la memoria de Juana. Paseándose con su madre después de medio día en los alrededores de Roma, descubrieron no lejos al augusto sucesor del Principe de los Apóstoles. Había salido hacia aquel mismo sitio buscando un poco de buen aire y á respirar en la soledad. En aquel momento principiaron á caer algunas gotas de agua, y el Papa volvía á entrar en su coche: Juana corrió y arrojándose á sus pies le dijo:

— Santísimo padre, dadme vuestra bendición!

El vicario de Jesucristo extendió sus manos venerables sobre la cabeza de la joven, diciendo:

— Yo te bendigo.

Y, habiendo luégo fijado en ella sus penetrantes ojos, añadió:

— Y la Santísima Virgen también.

Esta peregrinación á Roma, este poético paseo á través de las encantadoras llanuras que orillan los Apeninos, la estancia en la ciudad eterna, la brillante audiencia del Vaticano, y la prosternación filial ante el soberano Pontífice, fueron la festividad suprema de su juventud. Las sombras iban á turbar tan bella aurora, y pruebas de larga duración iban á sucederse á las efímeras alegrías.

III

Al partir de su vuelta á Francia, las causas latentes de las dos caídas anteriores de Juana, principiaron á tomar un carácter más pronunciado y amenazador, y su salud se alteró gravemente. Acometiéronla espantosos dolores de entrañas. Y en lo íntimo de su organización sentía dislocaciones anormales...

Los efectos de su enfermedad, como á menudo sucede, no tardaron mucho en declararse en las piernas, que gradualmente fueron debilitándose. Tanto cuanto ella había antes amado el movimiento ahora lo temía y buscaba el sosiego. Sus paseos ya no tenían lugar sino de tarde en tarde, y las veces que salía de casa una gran laxitud se apoderaba de ella, que le obligaba á sentarse abatida en un sillón, ó á acostarse en un canapé... Sus ojos se hundieron y tomaron ese brillo particular que dan la fiebre y el insomnio.

En esta situación se hallaba cuando al principiar la guerra los Prusianos se apoderaron de Baccarat.

No entra en el cuadro de nuestra narración la pintura de las sombrías escenas, angustias y terrores de aquellos terribles días. Pero fácilmente se puede imaginar lo que debía ser para la infortunada joven el espectáculo de aquellos oficiales y soldados tudescos, mandando como señores, disponiendo de la mesa y el hogar, atronando la casa con el

tumulto de su algazara y brutales juramentos, infestando la atmósfera con el humo de sus cigarros y perturbándola con el siniestro ruido de sus pesadas armas.

Aunque el cuarto en que Juana estaba en el lecho, tan á menudo estuviera guardado por su madre, como un santuario de dolor, la curiosidad brutal de los invasores no siempre lo respetaba; y más de una vez la pobre joven vió entreabrirse la puerta y una cabeza ceñida por un casco de acerada punta, asomarse y registrarlo todo con insolentemirada.

¿Cómo describir los sobresaltos y los terrores de su corazón, cuando la presencia de algunos francotiradores en las cercanías, venía á provocar las iras de los Prusianos que amenazaban incendiarlo todo y fusilar al director de las Manufacturas?

Admirable por su energía en medio de tantos peligros, el padre pensaba en sus obreros no menos que en su familia propia, haciendo frente á todo y á todos...

El hijo mayor, Enrique, se enganchó como voluntario desde el principio de aquella desastrosa guerra, y cumplía con su deber de soldado batiéndose valerosamente en las diez-madas filas del ejército. Alcanzado por una bala tuvo que sufrir la amputación de un dedo... ¡Cuántos disgustos, cuántas alarmas y amarguras en aquel hogar en otro tiempo tan tranquilo y dichoso!

Al fin de la guerra el estado de Juana se había agravado bastante. Sus fatigados miembros no encontraban aquel bienestar ó más bien no podían salvarse del malestar que padecía acostada en un largo sillón guarnecido de almohadas y almohadones. ¡Allí pasaba sus largos días ya entregada á la lectura, ya con la mirada fija y el pensamiento perdido en reflexiones ó asaltado de melancolías que de nadie sino de Dios eran conocidas! Otras veces se la veía, las manos cruzadas, implorando aliento y socorros al soberano Consolador de los afligidos.

Entre las obras que ella ojeaba

ó leía para hacer más llevadero su retiro, hubo una que cerca del espacio de una semana la preocupó y puso pensativa. Los diversos capítulos de *Nuestra Señora de Lourdes*, que era su título, se ocupaban en prodigios divinos, en curaciones extraordinarias acaecidas en nuestros días, al pie de los Pirineos, sin usar de otro remedio que el ruego, mediante la intervención directa de María Santísima... Por más que le pareciera presuntuoso en ella el aspirar al Milagro, toda vez que tales favores, según su idea, no eran concedidos sino á las almas verdaderamente santas, el capricho de que la llevasen á Lourdes cruzó por la imaginación de la pobre Juana, conmovida el alma por aquellas narraciones, y se sintió estremecer por una vaga esperanza, mientras que sus febricientes dedos pasaban las avemarias y los glorias del rosario que Pío IX había bendecido...

Pero la desventurada, como una flor flexible y frágil que el viento inclina á uno y otro lado, según la

dirección caprichosa de su soplo, no tardó en encaminar sus sueños hacia otros horizontes y en dar al olvido aquella impresión pasajera.

IV

La señora de Fontenay era madre. Esta sola palabra lo encierra todo: es un mundo de amor; en él se agitan á la vez variadas angustias y múltiples solitudes. La cruel enfermedad de su hija era su inquietud ineluctable, era su continua pesadilla. Consagrada á practicar por ella misma todo cuanto los médicos mandaban, no confiándose en el celo de los demás, era su triste placer el de velar por su hija, el de ser su única enfermera. Pronta á levantarse á la primera llamada, al menor suspiro, al más ahogado gemido, tal vez á una queja involuntariamente escapada de sus labios, ella no abandonaba un instante del día á su queri-

da Juanita, y la noche la pasaba acostada junto á su lecho, entregando su alma á ese sueño ligero que el menor ruido interrumpe, á ese sueño ignorado por el egoísta y tan conocido de la maternal ternura en alarma.

Por una razón fácil de comprender, semejante estado de cosas obligaba á la familia á vivir en el retraimiento, concentrada en una pena invencible que no podrían calmar ni las palabras vanales de los extraños indiferentes, ni aun las más tiernas simpatías de la amistad. Dolores hay, para los cuales hasta los consuelos son punzantes y como un peso que agobia.

Diremos que la desgraciada madre buscaba el retiro, acaso con excesivo deseo, tanto más cuanto las hablillas del mundo la asustaban y temía para su querida hija la triste fama de enferma imposibilitada. Temerosa de que tan larga obstinación del mal no hiciese asomar á los labios de alguno la palabra «tísica,» no cesaba de animar á Juana á

hacerse ver por mucho que le costase, para así desvanecer toda idea errónea.

Dotada de una fuerza de voluntad extraordinaria, al ver Juana llegar una visita se incorporaba á fin de esperarla sentada en un sillón y, con una gracia encantadora y ocultando cuanto podía su verdadero estado, sabía labrar de su conversación un velo que cubría sus rudos sufrimientos. Cuando las visitas se iban, después de haberlas conducido hasta la puerta haciendo para ello un supremo esfuerzo, la pobre joven caía como desplomada sobre su cama y con indecibles torturas expiaba, pagaba la violencia que acababa de hacer á la naturaleza.

Naturalmente expansiva y espontánea, la señora de Fontenay guardaba acerca de la dolorosa llaga que roía su corazón la más completa reserva. Cuando le pedían noticias de su hija solía responder invariablemente:

— ¡Juanita no va del todo mal! Las molestias que la fatigan son

propias de su edad y no tardarán mucho en desaparecer.

V

Si de tal manera se trataba en verdad de rodear con un velo (demasiado trasparente á pesar de todo) el duelo íntimo de la familia, por otra parte no se descuidaba la menor cosa á fin de alcanzar una pronta y buena curación. No había puerta á la cual no se llamara, recurriéndose á todas las drogas, á todas las aguas; se agotaban todos los productos farmacéuticos. Madama de Fontenay hubiera dado la mitad de su fortuna por saber qué médico podría curar á la hija de su alma y por salvarla emplear todas las panaceas de la tierra.

¡Ah! «la ciencia humana», como decía Montaigne, «es undulante y varia, dúctil y plegadiza al soplo de toda doctrina!»

El primer médico consultado fué el

Baccarat, el doctor Mangin, que conocía el temperamento de Juana y había podido estudiar el mal desde su origen. Grande era su experiencia, su diagnóstico muy seguro, su afecto y buena voluntad ilimitados. Era un amigo leal. Con incansable celo, empleó toda su inteligencia, todos sus conocimientos científicos, todo su talento y su experiencia por alcanzar la curación. Recurrió á todos los remedios más enérgicos del Codex, á la acción poderosa de las aguas termales, y envió á la enferma á Aix-les-Bains los años de 1869 y 1870. Los recursos de la medicina tradicional y clásica se habían estrellado contra la indomable tenacidad del mal y su marcha ascendente.

Por consejo de uno de los tíos, el Señor de Hotelans, que habitaba en Besanzón, la buena madre de Juana se dirigió á un sabio facultativo de aquella ciudad, el doctor Labrune.

Este meneó la cabeza al escuchar la historia del tratamiento seguido

y la proscribió en seguida, redactando su nueva fórmula:

— Mi colega de Baccarat ha caminado por senderos trillados. Vamos á salir de ellos y á curar á la señorita homeopáticamente. ¡Abajo las píldoras y glóbulos! ¡No más pociones, diluciones!

Algunas semanas trascurrieron; y ni los glóbulos ni las diluciones tuvieron mayor eficacia que las pociones y las píldoras.

Entristecidos por este desengaño sin por eso desalentarse, madre é hija fueron á consultar á una celebridad lorena, el doctor Schustemberg, de la Facultad de Estrasburgo. — ¡Cuán difícil es el acierto! exclamó este reputado médico. La alopátia se ha desviado hacia la derecha y la homeopatía hacia la izquierda! *In medio stat virtus.* ¡Constitución reumática, anemia declarada! ¡Preciso, indispensable es el tónico universal, el vivificador omnipotente: el agua fría! Inmersión repentina, chorro enérgico, ducha helada. La salvación está en la

hidroterapia. El sistema hidroterápico quedó adoptado.

Aunque rigurosamente puesto á ejecución por Juana en el gran establecimiento de la Hoube del ducado de Baden, este enérgico medio terapéutico no dió resultados notables.

Hacia esta época fué cuando, después de haber durante treinta y dos años dirigido las manufacturas de Baccarat, el señor Fontenay pidió su retiro. Obtenido éste se pasó á vivir en Autún, su país natal.

El doctor Lagoutte, hombre muy afecto de la familia estaba en Autún y fué llamado inmediatamente. Después de haberse minuciosamente informado de todo, según él, además del estado anteriormente consignado, descubrió una enfermedad de los bronquios, y condenó formalmente el método prescrito por su predecesor.

—Lo que aquí se necesita no es agua fría sino caliente. Vuelva U., señorita, á frecuentar las aguas de Aix-les-Bains...

En Aix-les-Banis el doctor de Espines aconsejó un tratamiento quirúrgico que la enferma no se decidió á aceptar...

--¡Oh! ¿quién me revelara el secreto que debe curarla? se preguntaba la afligida madre á sí misma, acudiendo sin cejar por nada á todos los medios, prestando oído á todos los consejos é implorando uno tras otro el parecer de aquellas personas á quienes con el más ardiente deseo iba á consultar.

Al fin pensó en un ilustrado médico de aquellas comarcas meridionales, que en otro tiempo había cuidado á su hijo Enrique con una habilidad notable á causa de la amputación del dedo herido por una bala enemiga, amputación que fué operada en circunstancias harto difíciles.

La vida se agotaba poco á poco en sus venas con la sangre: Juana tenía siempre frío.

—Para una sangre que se congela, para una salud quebrantada y expuesta á contraer los gérmenes de

toda enfermedad accidental, preciso sería poder recetar una atmósfera enteramente pura y un eterno verano. No es cuestión aquí de bañar al enfermo en agua fría ni en agua caliente: en los rayos del sol es donde debe bañarse. Id pues á Cannes.

Así habló el doctor Bouchacourt.

Hé aquí pues, á las señoras de Fontenay plantando su tienda ambulante en las templadas colinas de la incomparable playa que limita el golfo de Napoule.

Al abrigo por todas partes, al pie de las masas alpestres ó de las montañas del Esterel, defendida del viento lo mismo que de los aquilones, la pobre Juana calentaba su sangre á los ardores del sol. La población cosmopolita de Cannes veía aquella joven enferma que marchaba penosamente apoyada en el brazo de su madre, y que parecía medir con ansiosa mirada la distancia que la separaba de la silla ó del banco en donde iba á buscar algún reposo á su abatimiento. Apenas se había sentado, una mano se apresuraba á

abrigarla cubriéndola con tupidos chales: era la mano de su doncella.

Después que en 1867, los desfallecimientos y las crisis mórbidas habían marcado las primeras faces de la enfermedad, seis años habían pasado: inaugurábase entonces el de 1873. ¡Largo período de dolores sufridos y de esperanzas fallidas! De año en año, y de tratamiento en tratamiento, el organismo había concluído por quebrantarse cada vez más hondamente.

Tiempo es de decir aquí para explicar las incertidumbres y divagaciones de los médicos, que á causa de la ignorancia completa del alcance fisiológico de ciertos detalles, Juana, al consultar con los hombres de la ciencia se limitaba á hablarles únicamente de lo que le parecía grave. Y guardaba un silencio que suponía de poca importancia acerca de los fenómenos internos...

— «Los males de entrañas y las desganas están en mi temperamento, pensaba ella. No son sino sufrimientos y para con los sufrimientos la

resignación me basta... Que me cure de esta imposibilidad que me tiene como clavada, y si logro poder andar, el resto sólo será para mí una prueba que ofrecer á Dios.»

Y de este modo, sin saberlo y sin quererlo, extraviaba el juicio de los médicos sobre el tratamiento, callándoles ó dejando para el último término entre las sombras, las perturbaciones y los violentos ataques dolorosos que experimentaba en el cuerpo, en otro tiempo aplastado y magullado por el vuelco de la pesada calesa.

Por más concebibles, por más loables que fuesen los motivos de la reserva de Juana, creemos que un sentimiento no menos verdadero acerca de las necesidades de la vida y de sus leyes hubiese debido decidirla á no callar nada desde un principio. Los médicos son como confesores del cuerpo: preciso es decirles todo... A pesar de sus reticencias, algunos de ellos sospechaban que el mal tenía origen en alguna lesión orgánica, en alguna llaga oculta...

VI

Hacia los últimos días de Enero de 1873, sobrevino que la pobre joven se postró de tal modo que no le era posible ya dar un solo paso ni tenerse sobre sus piernas. Por otra parte sus desgarramientos interiores adquirieron una acrimonia tal, que forzoso fué abrir bien los ojos y comprender la gravedad de estos síntomas. Llamóse pues al doctor Buttura. Juana tuvo una crisis á su llegada; gritó, después habló.

El médico entrevió algo. Advirtió á la madre y se explicó con toda claridad:

—La cuestión es complexa, le dijo, y no puede ser resuelta ni por medio de las píldoras, ni de los glóbulos, ni del agua fría, ni del agua caliente, ni tampoco por medio del calor solar. Los desórdenes exteriores que vemos proceden de una causa interna. Y como ya lo dijo en

Aix el doctor Espines, preciso es recurrir á la cirujía por más sensible que esto sea...

En cuanto á mí, puedo asegurar que si esta señorita fuese mi hija, no titubearía un solo instante en confiarla á un especialista experimentado. Precisamente no lejos de aquí, en Menton, hay un doctor inglés que goza de gran nombradía. ¡Véalo V. lo más pronto posible, antes que sea tarde!

La pobre Juana se entregó pues á la curación quirurgical del profesor Bennet, y tuvo que pasar unas diez ó doce semanas en su cama, víctima de las cauterizaciones graduales del Dupuytren de Ultra Mancha.

Con todo su saber y habilidad el práctico inglés no consiguió más que hacerla sufrir científicamente sin obtener otras ventajas que las de todos sus predecesores en el arte de curar. Juana no mejoró la menor cosa.

A veces accidentes de sobreexcitación nerviosa precedían ó seguían á las visitas del operador. El espíritu

de la joven se revelaba, en efecto, contra el tratamiento á que se la sujetaba, porque no podía menos de consentirlo cediendo á las súplicas de su madre y á su propia confianza en la ciencia humana. Sí, Juana deseaba ver el término de sus padecimientos. Por un esfuerzo heroico de su voluntad, ella que tanto temía las desapiadadas manos de un cirujano, había consentido y todo lo llevaba con resignación y paciencia. Así, después de haber, durante tres meses consecutivos, soportado inútilmente y con una creciente repugnancia los martirios á que su deseada curación la condenaba, al fin iba á decidirse á despedir al doctor Bennet, cuando éste, teniendo que pasar á Inglaterra, hasta tanto que no regresara de allí tuvo que interrumpir el tratamiento por él hasta entonces seguido.

VII

Informado de la situación y justamente alarmado, el Sr. de Fontenay, á la sazón en Autún, se apresuró á intervenir en cosa que tanto y tan de cerca le interesaba.

A pesar de tantos ensayos, de tantas tentativas infructuosas, su esperanza así como la de su esposa aún persistía en creer en el poder de la Medicina. Inclínados ambos en la cabecera del lecho de su hija la exhortaban á vencer sus repugnancias, á respetar y obedecer los preceptos del facultativo:

— Si no es por ti, al menos por nosotros trata de ser sumisa...

En sus eternas horas de insomnio el recuerdo de una antigua lectura asaltó su alma. La corriente de sus pensamientos trajo á su corazón y á su mente una impresión de lo pasado que estaba fugitiva ó como dormida en lo íntimo de su sér:

—Padre, respondió Juana, yo me someteré á todos cuantos medicamentos y ensayos se quiera someterme; — pero esto será á condición de que antes de sujetarme á uno nuevo me sea permitido ir á Lourdes.

Por más que sus padres no contasen mucho con la intervención del cielo en la enfermedad que tanto atormentaba á aquella angélica criatura, eran no obstante demasiado buenos cristianos para oponer la menor resistencia al piadoso deseo de su hija. Pero antes de todo juzgaron conveniente consultar el caso, considerado por ellos como caso de conciencia, con un eminentísimo sacerdote que desde muy atrás conocía á la familia. Juana pues escribió á Monseñor Caverot, entonces obispo de Saint-Dié y actualmente cardenal y arzobispo de Lyon, quien le dió su parecer que á continuación transcribimos, sin comentarios. La letra de su Ilustrísima dice lo bastante por sí sola. Y por algunas palabras que hacemos resaltar da á entender lo inquietante de la situación:

Obispado de Saint-Dié, 25 de Abril de 1873.

«Mi carísima hija: lo que me dice del estado al cual el Dios de toda bondad permite se halle U. reducida, es completamente de naturaleza á confirmar la apreciación contenida en la carta que he tenido la honra de dirigir á su madre.

«Si estuviera U. en Lourdes, de seguro le sería permitido hacer que la trasportasen á la iglesia. *Pero emprender el viaje de Cannes á Lourdes en la situación en que V. se halla, sería, sin mediar una orden ó revelación divina, una verdadera locura.*

«Por otra parte, mi buena hija, consulte U. á su médico. Si él declara que el viaje no tendrá ningún *inconveniente grave* para U., mis objeciones caen de suyo, pues no soy competente en la materia, sin lo cual no podría cambiar de parecer.

«Vea U. en todo esto, hija mía, la voluntad de Dios, *y en todo caso sepa sacrificarle la suya.* Nada impide tampoco que U. haga una promesa de hacer un viaje á Lourdes *si se cu-*

ra. La Santísima Virgen no tiene inconveniente en hacer milagros á cualquiera distancia, y Nuestra Señora de Lourdes lo prueba todos los días».

«Presente V. mis respetos etc.

L. M. Obispo de Saint-Dié».

Según lo decía S. E. se procedió á la consulta facultativa y el hombre competente en materia científica contestó literalmente lo mismo que el Prelado:

— Un viaje en las actuales circunstancias sería una verdadera locura.

El doctor Buttura, hombre experto é inteligente en su larga práctica no había sin embargo dejado de observar, cuán penoso, cuán sensible y duro es á veces á los enfermos el renunciar á una idea de su espíritu, á un proyecto, á un plan concebido y resuelto. Por el curso natural de las cosas, los enfermos son como niños mimados y á menudo tienen terribles obstinaciones de las que ninguna consideración logra triunfar, y que

no es posible contrariar so pena de exponerlos á graves peligros. La ternura y el afecto de aquellos que los rodean aplicada á veces por largos años á evitar cuanto pueda afligirlos, y á expiar y satisfacer sus menores deseos, llegan poco á poco á perder la energía de su voluntad, se acostumbran á una condescendencia absoluta. Y cuando este caso es llegado no hay medio de negarles lo que piden. Toda oposición, toda resistencia formal aviva más y más la llama del deseo, sobre todo en las mujeres, y los lleva á una extrema exaltación y acrimonia: los desazona, les quita el apetito, les turba la digestión, les impide dormir, y provoca en ellos fiebres abrasadoras... ¿Qué hacer entonces? Ceder, ceder una vez más, ceder siempre, suceda lo que suceda.

Seguramente que no era éste el caso de Juana; pero el doctor Buttura no estaba completamente convencido de ello, pues añadió en seguida:

— Sí, un viaje en las presentes circunstancias, *es una verdadera locura...*

Pero, no obstante, *teniendo en cuenta la intensidad del deseo de la enferma*, sería quizás menos peligroso aún dejarle llevar á cabo la locura que oponerse á ella.

VIII

Aunque, por un pasmoso eufemismo, á Juana pluguiera considerar esta sentencia como «el consentimiento del doctor», necesitó, lo mismo que su madre, tener un valor increíble para decidirse, á todo precio y riesgo, á emprender el viaje. Y seguramente, no sin un íntimo temor se hicieron conducir á la estación del ferrocarril.

Gracias á esas ingeniosas invenciones que transforman los asientos de un coche en muelles divanes ó largos sofás, la enferma pudo salvar las doscientas cincuenta leguas que la separaban de Lourdes, á donde llegó el 21 de Mayo, día que en 1873 era víspera de la Ascensión.

Por su parte el señor de Fontenay, su padre, partió de Cannes al mismo tiempo en dirección de Autún. Era uno de los organizadores de la peregrinación diocesana, que el cinco de Junio siguiente, debía hacerse á Paray-le-Monial, y había asumido esta penosa carga con la idea de con tan buena obra aumentar las probabilidades (inciertas, ¡ay!) que podía tener su hija de recobrar la salud en la Gruta de Lourdes.

Juana tenía fe en los Milagros: la prueba se encuentra en el largo y penoso viaje que realizaba por en medio de tántos y tan graves obstáculos. Sin embargo (manifestando con entera franqueza nuestro modo de sentir), preciso es decir que no era su fe capaz de hacer cambiar de sitio á las montañas.

La que Juana poseía, así como su madre, confinaba algún tanto con esa vaga esperanza (tenaz en sus tentativas y no obstante poco segura de sí misma), que ciertos enfermos conservan y aplican, en el orden natural lo mismo que en el sobrena-

tural, á todo cuanto les parece que puede encerrar el menor viso de salud. Juana creía y no creía; deseaba y no deseaba. No tenía confianza en » curarme, son sus palabras mismas, » y hasta debo añadir que un no sé » qué de íntimo me impedía preguntarlo á mi corazón. » Vacilaba, y como las naturalezas entregadas á la fluctuación del ánimo, ella creía poder conciliarlo todo, poniéndose en un justo medio y limitándose á lo que se podría llamar la semidemanda de la semicuración: «¡ Madre de la Bondad infinita, permitidme al menos que pueda andar mientras esté aquí cerca de vos »! Y la joven inconsciente é incapaz de poder sondear comprendía las profundidades de su alma, pero esta timidez en el ruego, era el gusano en el fruto maduro y la duda en el seno de la fe: no comprendía que era lo contrario de lo que Jesucristo exigía cuando en otro tiempo exclamaba: *Confidite!* «Tened confianza! *Nolite timere!* « No vaciléis. »

IX

Recordando la misión histórica que el cura Peyramale había llenado durante las Apariciones de Nuestra Señora de Lourdes, Juana de Fontenay y su madre tuvieron la buena inspiración á su llegada, de elegirle para confesor y director espiritual. En materia de fe este hombre poseía cuanto pudiera faltar á los demás; y le era posible llenar el déficit sin por eso amenguar en nada su tesoro. Su palabra confortadora tomó, para animar á las viajeras, las expresiones del Divino Maestro:

— *Si potes credere, omnia possibilia sunt credenti: Si tenéis fe, todo es posible al que cree!... Omnia quaecumque petieritis in oratione, credentes, accipietis: Todo cuanto orando pidáis con fe, os será concedido!...*

Y como el Israelita de que habla el Evangelio, ambas respondían:

— Creemos!... creemos!...

Pero no dándose cuenta de su decaimiento secreto, dejaban de añadir humildemente:

«Socorred' nuestra incredulidad.»

El Siervo de María les ayudó en esto... Hé aquí que poco á poco, durante el curso de una novena á Nuestra Señora de Lourdes, las fuerzas comenzaron á volver á Juana gradualmente. En uno de aquellos días pudo dar ya cuatro ó cinco pasos. Al siguiente dió cuarenta ó cincuenta. Al subsiguiente día andaba con facilidad. En fin concluída la novena, el 3 de Junio, doble aniversario de su primera comunión y de la primera también de Bernardita, pudo ir á pie, con todo el mundo, á la Capilla y á la Gruta y seguir las Procesiones del Ariége y de Pontacq... A cada paso que daba avanzando en el camino, á cada distancia recorrida, la sorpresa de Juana iba en aumento. Al cabo de estas múltiples caminatas su estupefacción era extraordinaria viendo que no sentía la menor fatiga... Entonces se dirigió con su madre á casa del cura de Lourdes.

X

Antes de continuar este relato, creemos de oportunidad recordar al lector una escena del Nuevo Testamento.

« Jesús ordenó á sus Discipulos » que entrasen pronto en la barca y » fuesen á esperarle en la orilla opues- » ta del lago, mientras que EL despedi- » ría á la multitud...

» Habiéndolo hecho así, subió á la » montaña á fin de orar allí en la so- » ledad. La noche vino á sorprenderle » en aquel sitio.

» Durante este tiempo la barca, » azotada por un viento contrario, se » veía combatida por las olas en me- » dio del lago.

» Ahora bien, á la última vigilia » de la noche (entre las tres y las seis » de la mañana), marchando sobre las » aguas del lago, Jesús se dirigió á » donde ellos estaban... Cuando le » vieron marchar así sobre las ondas, » se llenaron de asombro.

» — Es un fantasma, » exclamaron.

» Y lanzaban gritos de espanto.

» — Pero luégo Jesús les dijo:

» — Tened confianza! soy yo.

» — Si sois el Señor, le respondió

» Pedro, haced que yo vaya hacia Vos

» sobre las aguas.

» — « Ven, » dijo entonces Jesús.

» Y descendiendo al punto de la

» barca, Pedro fué hacia Jesús cami-

» nando sobre las aguas. Pero al ver

» la fuerza del viento tuvo miedo. Y

» comenzó á sumergirse.

» — ¡ Señor! ¡ señor! exclamó, ¡ sal-
» vadme!... »

» Jesús tendió su mano y, asiéndo-
» le, dijo:

» Hombre de poca fe ¿ por qué has
» dudado? »

» Así que entraron en la barca, el
» viento cesó. Y entonces cuantos en
» ella iban se postraron ante EL di-
» ciendo:

» — No hay duda. Vos sois el Hijo
» de Dios! »

XI

Grande fué la alegría del cura Peyramale viendo andar á la joven. Por acostumbrado que pudiera estar á semejantes espectáculos, sus ojos se llenaron de venturosas lágrimas, como sucedía siempre á cada merced nueva otorgada por Nuestra Señora de Lourdes á los enfermos y á los afligidos.

— Gloria á Dios y ¡viva María, ! mi querida joven, exclamó: por fin se ve V. libre de sus diez años de dolores y amarguras.

— Pero, señor cura, no tengo la prueba de estar verdaderamente curada del todo.

El abate Peyramale la miró... con una mirada llena del mayor asombro.

— Cómo! al llegar á Lourdes la semana última, yacía V. inmóvil en su cama, imposibilitada de poderse levantar, ni siquiera de estar sentada: la cogían á V. á puñados...— Y hoy,

después de haber podido ir á la Gru-
ta y volver ; después de haber segui-
do una procesión por todo su camino ;
después de serle posible venir en se-
guida á verme ; en una palabra, des-
pués de haber andado como un pe-
ón y corrido como un ciervo por
esos vericuetos y sendas escabrosas
del campo, hé aquí que me pregunta
si está curada ?

— Es que...

— Vamos ! qué ? ... ¿ Se siente U.
fatigada ?

— No, no, señor, ni más ni menos
que una persona bien portante.

— ¿ Ha tenido U. gran dificultad
en andar ?

— Ninguna.

— ¿ Siente U. mal en alguna parte ?

— N6.

— Pues bien, entonces si U. no tie-
ne dolor ninguno, ninguna dificultad
en andar ; si después de haber hecho
semejantes caminatas, no siente U.
el menor cansancio, ¿ cómo puede
ocurrírsele á U. la idea de no estar
curada, completamente curada ? ...

— Pero no me encuentro en el es-

tado normal... Siento que me falta algo.

—Lo creo! le falta á U. la enfermedad... Estaba tan acostumbrada á ella que su ausencia le ocasiona un vacío.

—Y tampoco he sentido nada de cuanto esperaba sentir cuando la Santísima Virgen pone su mediación y hace un milagro: ni estremecimiento, ni movimiento íntimo, ni iluminación del alma. Nada de esto ha tenido lugar. Que ando como todos es cierto. Es también cierto que no siento ni malestar ni fatiga; pero yo no he concebido cuándo ni cómo todo esto se ha cumplido, en dónde, en qué momento, y esto me hace dudar de mí misma, de que estoy curada.

—¡Vamos! vamos!... Lo que no está cumplido es su cabeza de V.; lo que en V. no está sano es la fe que vacila. V. duda en pleno Milagro, hija mía, como Simón-Pedro dudó en el momento en que al llamamiento del Señor caminaba sobre las aguas como si caminara por tierra firme. Obre V. pronto contra esa tentación

que á menudo asalta á los que reciben la merced de un Milagro, y no se deje U. coger en el lazo que le tiende el pérfido Enemigo...

Ese mismo día, martes de Pentecostés, el sagrado soplo de la octava del Espíritu Santo parecía brillar en los labios del Siervo de Nuestra Señora de Lourdes.

El sacerdote añadió:

—Partan UU. mañana temprano para Paray-le-Monial, en donde deben hallarse el jueves el señor de Fontenay y la peregrinación de la diócesis de Autún. Y allí con toda la familia de rodillas, con sus amigos Autunenses, sus compatriotas, darán UU. gracias á Nuestro Señor Jesucristo por la sobrenatural curación que su Santísima Madre ha realizado aquí en favor suyo...

Juana de Fontenay y su madre estaban como dominadas por la poderosa y comunicativa elocuencia de Peyramale, que poseía el don de poner término á las vacilaciones del alma y conseguía disiparlas como el viento las brumas y las nubes,

XII

Al salir del presbiterio madre é hija se ocupaban en el hombre de Dios. El cura de Lourdes daba pábulo á su conversación.

— Verdaderamente, se decían una á otra, tiene un alma apostólica. ¡Cómo lograba inspirarnos la fe, la confianza y el amor de Dios!

La tradición cristiana cuenta que Simón-Pedro, el hijo de Jonás, no tuvo más sucesión que la de Santa Petronila; algunos eruditos creen que sólo fué su hija espiritual. Pero su descendencia indirecta es muy numerosa. Las señoras de Fontenay pertenecían sin duda á esta antigua raza, y hasta puede sospecharse que tenían algún parentesco con el apóstol Santo Tomás.

Así, pues, llegados á su fonda principiaron á ocuparse en los preparativos de viaje con aire preocupado.

Por más que la Señora de Fontenay vió con sus propios ojos á su

querida Juana ir y venir y ocuparse en todo, movida de un excesivo cariño maternal, no había podido aún tranquilizarse del todo. La costumbre de temer por su hija seguía dominándola. Después de haber tantas veces y tan á menudo temblado ante la cruel enfermedad de su idolatrada hija, hé aquí que ahora temblaba á vista de aquel milagroso pero tan reciente cambio en su salud. Aquel extraordinario estado para ella, sin fundamento sólido, á causa de lo súbito é inesperado, no lo creía estable, como lo es el de una convalecencia normal. Por su parte Juana, aunque restablecida, hubiera querido tener más fuerzas. Sus pies, habiendo después de tantos años perdido la costumbre de andar, hallaban ser algo duro el empedrado de las calles y mucho más el cascajo de los caminos. Al mirarse en el espejo se espantó de su persistente palidez. ¿Qué podremos decir aún?... Rindiendo gracias al Cielo por el divino favor que les había dispensado daban sin embargo á la expresión de su agradeci-

miento una forma cada vez menos conforme con la que el Cura de las Apariciones las había aconsejado.

—Qué insigne beneficio nos ha concedido Nuestra Señora de Lourdes, aunque ¿quién podía esperarlo? Nuestro reconocimiento debería ser grande! Pero la Santísima Virgen quiere que seamos prudentes. ¿No es la Prudencia la virtud de los sabios? Guardémonos bien de pecar contra este principio y no nos entreguemos inconsideradamente á una presuntuosa audacia. Nuestra Señora de Lourdes espera con ardor ser secundada en la gracia, y hoy, en la circunstancia en que nos encontramos el mejor medio de cooperar á la gracia y de venir en su apoyo ¿no sería el de unirle los auxilios de la naturaleza, descubiertos por la ciencia de los Médicos? En vez de exponernos, con una culpable temeridad, á las fatigas de Paray-le-Monial, ¿no haríamos mejor en ir á Aix-les-Bains? Esas aguas fortificantes consolidarían el beneficio sobrenatural alcanzado en Lourdes.

Decretando en su ofuscada imaginación este admirable proyecto, las Señoras de Fontenay cerraban sus cofres y sus maletas á fin de ponerse en camino la mañana siguiente, temprano, á la salida del primer convoy.

Ahora bien: al punto del alba, cuando la Señorita Juana trató de levantarse, sus piernas se negaron á sostenerla. Habían vuelto á su anterior estado de inmovilidad. La desgraciada tuvo que permanecer acostada.

¡Puede adivinarse su grito de espanto y de dolor en tan triste despertar! ¡Haber recibido el beneficio de la curación y perderlo así! ¡Haber poseído en cierto modo el Milagro, haberse visto por un momento investida de la más perfecta salud, y ver que todo este bien desaparecía, se evaporaba, se desvanecía como un miraje de Oriente! Tal nos presenta la Fábula la desesperación de Sísifo en el momento en que la roca tan penosamente llevada á la cúspide de la montaña vuelve á rodar de nuevo hasta el fondo del barranco: y tal,

en la realidad de la vida, debió ser la desesperación de Juana y de su madre.

Ni una ni otra, en la obcecación de su inteligencia, pudieron comprender lo que aquella recaída quería significar. Un espeso velo había sin duda cubierto sus ojos, ó más bien sus ojos estaban vueltos hacia el lado opuesto á la verdad. Los más perspicaces no pueden distinguir aquello mismo que tienen delante, cegados por los resplandores del horizonte que está á sus espaldas.

— Héme aquí enferma como antes y lejos de mis médicos! exclamó la pobre Juana... ¡Ah! cuánta razón tenía yo! ¡No, no! yo no estaba curada... Partamos pronto para Aix! Partamos pronto!

Lourdes era ya intolerable para ella. El sonido de las campanas, el rumor de las procesiones que pasaban bajo sus ventanas, el canto de los cánticos, no hacían más que irritar su dolor.

El cura de Lourdes encontró el coche que conducía á Juana á la estación del ferrocarril.

— Que Nuestra Señora de Lourdes sea con Uds.! ¿Van Uds. á Paray?

—No, Señor Peyramale, dijo la madre, vamos á Aix-les-Bains, Juanita ha recaído...

Y le informó del accidente de aquella mañana.

El siervo de Nuestra Señora de Lourdes la escuchó todo pensativo, y las palabras del Señor á Simón-Pedro al sumergirse en el lago le vinieron á los labios:

— *Quid dubitasti, modicae fidei*; «Por qué dudasteis, mujeres de poca fe?»

Pero á pesar de sus altas virtudes, preciso es decir que el abate Peyramale no poseía el don de hacer milagros: no podía curar á Juana tomándola por la mano, como hizo Jesús para salvar en otro tiempo al jefe de los Apóstoles.

Largo tiempo siguió con la vista al coche que á todo galopar llevaba á la infortunada joven hacia el ferrocarril y con toda su alma rogó á Dios por ella.

— ¡Oh Señora Nuestra de Lourdes! decía suplicante, que vuestros favores

sean perfectos como vos y que esto no sea sino una prueba que provoque el más sincero arrepentimiento!

Algún tiempo después hablando con el abate Duchene, Superior del pequeño Seminario de Autún, confesor de Juana, que había venido en peregrinación á Lourdes, le explicó la recaída con estas palabras:

— Madre é hija carecían de fe. La enfermedad se irá agravando toda vez que prefieren las aguas de Aix-les-Bains á las de Lourdes.

XIII

Desengañadas y entristecidas, las señoras de Fontenay, entraban en la vida nómada y se disponían á recomenzar buscando al acaso las consultas médicas y los contradictorios pareceres de la ciencia humana, en sus peregrinaciones hechas á tientas, en persecuimiento de la salud que una vez habían menospreciado.

A medida que se alejaban de la

ciudad y corte de María, los padecimientos de Juana iban en aumento. Una violenta bronquitis se le declaró durante el viaje y fué preciso detenerse en Montpellier. Llamóse á uno de los más hábiles profesores de la célebre Facultad, el doctor Courty. Trató de curar la bronquitis, en lo cual tuvo bastante buen acierto; pero no disimuló los temores que el estado general de la enferma le inspiraba.

— A todo precio necesita U. reconstituír el sistema muscular atrofiado, estimular el digestivo, activar la circulación, restaurar la vida de las mucosas. Por el momento vaya U. á Aix-les-Bains.

— Allí íbamos precisamente á pasar todavía una estación, cuando la bronquitis nos obligó á detenernos en esta ciudad.

— Permanezcan Uds. seis semanas en Aix: hecho esto pasarán Uds. á Brindis en Tarantesia. Allí, haciendo llevar el lecho de la enferma al campo libre, respirando á pleno pulmón el aire vivificador de los Alpes,

todo cargado de aromas tónicos, durante veintiún días cruzarán Vds. la Francia para ir á las aguas termales de Bourboule en Auvernia: estos activos manantiales completarán la acción de las aguas de Aix-les-Bains. Terminada la estación de Bourboule volverá U. á Montpellier, señorita, y durante dos meses yo la someteré á U. á un tratamiento quirúrgico eficazísimo, tratamiento que entonces estará V. en el caso de poder soportar; luégo descansará V. algunos días y en seguida irá á pasar el invierno en Amelia-los-Baños, en los Pirineos Orientales...

XIV

Por espacio de tres ó cuatro meses, las prescripciones de esta científica consulta fueron seguidas al pie de la letra, bajo la dirección del mejor médico de cada localidad sin alcanzar el menor fruto. Ni en Aix-les-Bains,

ni en Brides, ni en Bourboule experimentó Juana la más insignificante mejoría... (1). Los más sombríos presentimientos entristecían su alma.

Veía acercarse la muerte; y después de haber (en Lourdes y cuando ya estaba curada), dudado desgraciadamente de la realidad del Milagro, ella principiaba ahora á perder poco á poco, bajo el doloroso peso de sus padecimientos que con rapidez crecían, su quimérica esperanza locamente puesta en poder de los Médicos.

A mediados de septiembre, se encontraba en Bourboule inmóvil y acostada en su larga silla. Veía las sombras de todas las cosas crecer enormemente, á medida que el sol se hundía en el ocaso, y pensaba que ella también se iba acercando al suyo. Por cierta natural inclinación de las almas que sufren refería á sí misma los accidentes del paisaje que á su vista se desarrollaba. El verano cedía

(1) En Brides la señorita de Fontenay tuvo la dicha de encontrar al Obispo de Tarantesia que lo es hoy de Nancy y fué por él bondadosamente recibida. Monseñor Turinaz viene á ser de este modo un testigo más de los prolongados sufrimientos de la señorita de Fontenay en la enfermedad cuya historia referimos aquí.

su imperio al otoño; y á través de su ventana, aquí y allí descubría y con tristeza contemplaba, entre la verdu-
ra de los árboles, algunas hojas tosta-
das que, dando vueltas, caían al suelo,
prematuramente arrancadas á la vi-
da. En la enorme roca granítica cuya
pesada masa domina este pobre lu-
gar, ella considera el símbolo del ine-
luctable infortunio que parecía pesar
sobre su frente joven todavía, sien-
do mudo é inquebrantable testigo
de su desgracia. Aquella dura ro-
ca permanecería sin guardar siquie-
ra las huellas de su paso.

El Dordoña, corriendo á sus pies, le
ofrecía la imagen melancólica de las
ondas fugitivas de su existencia.

— ¡Madre, mi querida madre! le de-
cía, volvamos á Autún!...

— Y Motpellier? y Amelia-los- Ba-
ños? ¿no piensas ya en ellos?

— Volvamos á Autún porque estas
tentativas de curación me consumen
y asesinan. A la larga, un día tras
otro, siempre iguales, siempre llenos
de dolor, hacen que todo en mi áni-
mo se subleve contra la existencia que

traemos. ¿No basta! ay! estar desterrada de la salud, sino que es preciso desterrarse uno de su pais natal, de su familia, de su hogar? La nostalgia me mata. Las aguas termales y los remedios, los viajes y las estancias aquí y allá, los médicos y sus medicamentos ya no son para mí más que un intolerable tormento, madre mía, sí, y yo quiero un poco de sosiego, que se me deje respirar un momento. Quiero vivir en mi casa, volver á ver á mi padre y á mis hermanos, dormir en mi alcoba... Lo quiero no solo por mí, sino también por U., mi buena madre; por U. que gasta sus fuerzas, separada de nuestros criados; por U. que en cuidarme inútilmente va consumiendo los días y las noches matándose por darme vida.

— Pero, hija de mi alma, necesitas pasar este invierno en un clima templado y suave. El doctor Courty. . .

— El doctor Courty habrá dicho y dirá todo lo que se le antoje; pero yo quiero verme en Autún. Se doblarán los rodetes acolchados de ventanas

y puertas, no se dejará una sola grieta, se pondrá un calorífero graduado: durante el día se guardarán las flores en la habitación y así gozaremos de una eterna primavera. Después...

— Después ¿ que ?

— Después ¡ nada ! Respondió Juana, enjugando una furtiva lágrima.

El pensamiento que de este modo se negaba ella á descubrir por no atormentar á su pobre madre, no era sino éste: morir por morir, quisiera entregar mi alma á Dios bajo el techo paternal, entre los adioses y las plegarias de los míos y no en suelo extraño, en este cuarto de mesón asistida por cuidados mercenarios.

La madre cedió al cabo á las reiteradas instancias de su querida Juanita y partieron de Bourboule.

XV

En Autún las pocas personas admitidas en la intimidad del trato social notaron con piadosa sorpresa

los estragos que el mal había causado en aquella complexión exuberante de vida en otro tiempo. La pobre Juana no era ya sino la sombra de lo que había sido.

No es posible imaginarse hasta qué punto llegaba su debilidad: llegaba al punto de negarse sus brazos á levantar la mano hasta su boca para tomar el caldo ó los medicamentos, y durante un mes por lo menos su madre tuvo que darle de comer como á un niño de dos años. El oír hablar largo rato la fatigaba: sus ojos se negaban á leer y su cabeza á pensar.

Desde el fondo de este abismo alzaba su alma á Dios y rogaba á la Virgen María, esperanza de los desesperados. En lo íntimo de su sér principiaba á despuntar la idea de volver á la Gruta Santa. Su memoria era asaltada á cada paso por el recuerdo de Lourdes. Manifestó el deseo de ver al Obispo de su diócesis que entonces era el venerable Illmo. Señor de Leseleuc de Kerouara, á quien refirió el extraño incidente de su pasajera curación.

— En mi diócesis, le dijo el Obispo, hay un sacerdote favorecido por la gracia del Milagro: el abate de Musy. Pues bien, yo pediré á la Santísima Virgen que la favorezca como á el. *En su nombre* le ordeno á U. le pida fervientemente la salud; y por mi parte voy á intimarla que así lo haga.

En seguida tomando una imagen del Sagrado Corazón que en su Breviario tenía, escribió algunas palabras en el dorso y dió á Juana este sencillo recuerdo. Lo que el Obispo había escrito eran estas palabras del Verbo Divino: «Pedid y recibiréis.»

Y Juana pidió.

Un eclesiástico de gran mérito y excelente corazón que entonces aún vivía, se juntaba á sus ruegos y la exhortaba á creer. Era el abate Duchéne, Superior del pequeño Seminario de Autún. Entre todas las almas que encaminaba hacia la patria celestial, la pobre Juana, abrumada por los sufrimientos, era su hija espiritual predilecta y el más caro objeto de su paternal sollicitud. Visitábala con

frecuencia. Su palabra disipaba las dudas ó el abatimiento en el ánimo de Juana, y fortalecía también el de sus queridos padres. Cuando éstos se veían demasiado abatidos por la pena, en seguida volaban á buscar al que todos llamaban el buen Superior,» y pocas veces volvían sin haber hallado algún alivio, algún consuelo á sus angustias, alguna dulzura que mitigase su íntima amargura.

Cierta mañana (era en Noviembre) la señora de Fontenay más abatida que de costumbre por el peso de su cruz, fué á buscar un poco de aliento, á apagar la ardiente sed de su lastimado pecho de madre en la fuente en que solía hacerlo.

Al tiempo que salía de casa del «buen Superior» se cruzó en la puerta del Seminario con un sacerdote de elevada estatura á quien ella no conocía.

¿Cómo se llama? preguntó á la portera.

— Es el Señor de Musy.

— ¿El Señor de Musy? el paralítico curado en Lourdes?

— El mismo.

La pobre madre corrió presurosa hacia el sacerdote por el cielo favorecido.

— Señor abate, le dijo, querría U. venir á mi casa para hacer una obra de misericordia bendiciendo á mi pobre hija enferma como U. en otro tiempo?

— Con gran placer.

Algunos minutos después, el abate de Musy estaba al lado de la enferma.

— ¡Ay! preguntó Juana suspirando: qué hay que hacer?

— Creer y orar! Conformarse con la suerte de hoy y esperar el día de mañana.

— Monseñor de Leseleuc me ha dado el mismo consejo, y me ha animado y prometido espontaneamente interceder para que yo logre curarme... Qué gran milagro sería éste! Usted lo pedirá también por mí, ¿no es verdad?

— De seguro que así lo haré. Dentro de poco tengo que ir á Lourdes, para dar gracias á mi Bienhechora. El día de la Inmaculada Concepción,

en el altar mismo ante el cual mis ruegos fueron atendidos, conjuraré á la Santísima Virgen á que haga por U. lo que hizo por mí.

XVI

En la primera octava de Diciembre, el Señor de Musy partió en efecto para cumplir con su acostumbrada peregrinación de acción de gracias. En otra parte hemos referido ya este viaje (1).

La inmensa fama de su milagrosa curación se había extendido de tal modo que, como natural consecuencia, de todas partes, tanto dentro como fuera de la diócesis, solicitaban su mediación para con la Santísima Virgen. Así en el *Memento* de la Misa, en ese momento en que el sacerdote es ante Dios el intérprete de los moradores de la tierra y le presenta sus votos y sus peticiones, el buen abate Musy trataba de reunir con extremo

(1) Véase el Milagro de la Asunción.

cuidado todos sus recuerdos. Interrogaba minuciosamente á su memoria y hacía mil esfuerzos por no olvidar á ninguno de aquéllos que le habían encargado sus invocaciones y mensajes cerca de nuestra Señora de Lourdes. . . . Ahora bien, entre estas múltiples intenciones había una que él sentía destacarse y descollar sobre las demás, no por inclinación de su alma ó por una dirección de su voluntad, sino por una especie de obsesión divina irresistible, que á pesar suyo le dominaba. Esta intención, este pensamiento era el relativo á la curación de la señorita de Fontenay.

El mismo día se apresuró á comunicar á Autún este síntoma favorable. El proyecto de volver á la Gruta de las Apariciones y de bañarse en la Piscina se apoderó definitivamente del ánimo de Juana.

XVII

Durante el curso de su larga enfermedad, de tiempo en tiempo, había

podido ser trasportada hasta la Iglesia de Nuestra Señora ó á la capilla del pequeño Seminario. Pero á pesar de la precaución que se tomaba de conducir el coche despacio á fin de evitar todo sacudimiento, á pesar de lo corto del camino que se había de recorrer, tuvo Juana al fin que renunciar á estas visitas, á causa de los intolerables sufrimientos que sentía en el trayecto, y sobre todo de las graves consecuencias que los médicos temían. Gracias á las gestiones hechas en Roma, alcanzó la autorización de poder erigir un altar en la sala contigua á su dormitorio, de modo que bastaba abrir la puerta de comunicación para que, desde la cama, por la reflexión producida sobre un espejo artísticamente colocado, ella pudiera asistir al santo sacrificio.

Mientras que la situación física de la joven se agravaba cada vez más, su estado moral entraba en una faz nueva y atravesaba una crisis de las más extrañas. En tanto que por una parte aquel cuerpo enfermo, ya tan flaco y extenuado, se debilitaba más y

más, por otra, en aquella alma que todos creían iba á abandonar la tierra de un momento á otro, la esperanza de curarse crecía con el más vigoroso impulso.

¿El momento de semejante esperanza provenía de esa fe sin fluctuaciones á la cual Nuestro Señor ha prometido Milagros, ó de la exaltación ardiente y desarreglada que la fiebre y la forzosa ociosidad, tan á menudo engendran en el cerebro de los enfermos? Dolorosa cuestión que se proponían cuantos la rodeaban.

Podía mejor temerse que de un momento á otro, esta certidumbre de tan absoluta apariencia, vendría á desplomarse de repente cediendo su lugar á sentimientos diametralmente opuestos. Juana tenía á veces inquietos presentimientos, aprehensiones de que encontraría la muerte donde otros habían alcanzado la salud y la vida.

Habiendo resuelto hallarse en Lourdes, el 15 de Agosto, para la fiesta de la Asunción, Juana hizo establecer en el espacio de tres meses de espera que le ofrecían, un triduo de misas

para prepararse á este peregrinaje tan temido como deseado.

Ahora bien: la víspera de la primera misa del triduo mensual, el 14 de Mayo por la noche, estaba Juana tan profundamente abatida y próxima á desfallecer, que el Abate Duchène, á quien ella había hecho llamar, temió no poder confesarla, exponiéndola á una mortal fatiga. La negativa del Abate la entristeció sobremedera, pero resignándose se durmió rogando á la Madre de los afligidos acudiera á sostenerla en sus penas.

Y hé aquí que mientras dormía, Bernardita, la hermana María Bernarda (viva aún entonces en el convento de San Gildard), se le apareció en sueños, graciosa y risueña. Vestía el hábito de Hermana de Nevers.

— No hay que turbarse ni tener miedo, le dijo á Juana; tu salud está en Lourdes. Ruega únicamente *con confianza* y la Virgen atenderá tu ruego.

Juana luégo inclinándose hacia la Vidente de Lourdes la estrechó

con efusión: después hallándose en aquel abrazo algo molestada por la toca de la religiosa, se despertó súbitamente. Delante de ella no había otra cosa sino las cortinas de su cama, vagamente iluminadas por el vacilante resplandor de su lamparilla; pero se sintió llena de una inefable alegría y de la seguridad de que sería atendida por la Virgen.

Nadie osaba decirlo en voz alta cerca de ella, pero varios amigos y parientes, eclesiásticos y seculares, murmuraban melancólicamente:

«¡Pobre joven! ¡ay! para una esperanza semejante, cuán frágil es la base del sueño de una niña en una noche de primavera!»

Juana misma deseaba cimientos más sólidos para lo que ella llamaba «su certeza.» Hizo escribir á los parientes, á los diferentes miembros de su familia, á sus amigos, á varias religiosas, á Bernardita misma, solicitando rogasen por ella. Distribuyó muchas limosnas; imploró la ayuda de los pobres aquí abajo (que tanto pueden allá arriba); pidió pres-

tado á la riqueza de los pobres; mendigó el socorro de los mendigos.

Volvió su pensamiento hacia Roma y se dirigió al Padre Santo, el Papa Pío IX. Este le envió su bendición con estas palabras: «Que la Santísima Virgen la bendiga y cure.»

La piadosa abuelita de Juana, la vizcondesa viuda de Froissard-Broissia, tomó una parte muy activa en esta cruzada de instancias y de invocaciones. Lo mismo que Moisés en la montaña, ella levantaba sus brazos al cielo cargados de buenas obras; y humildemente reclamaba, si bien llena de ardor, en cambio de sus ochenta años de caritativa y santa existencia, la curación de su querida nieta....

XVIII

En medio de las dudas y de las inquietudes de una gran mayoría, el abate de Musy se mostraba lleno de una sublime confianza. Todo le daba motivo para sostener altamente

lo que él llamaba también «su certeza.» Y en esta ocasión algunos escépticos entre los fieles mismos, hacían notar que la moderación y el buen sentido son cosas harto raras en el mundo, y estaban dispuestos á creer que el sacerdote de Digoine, á causa de el Milagro de que había sido objeto, no podía menos de tocar en los extremos por exceso de su calidad ó de su virtud y que propendía á ser demasiado crédulo.

Las semanas y los meses pasaron y el señor de Musy, el 3 de Agosto, celebraba la santa Misa en el altar privado de la casa de Fontenay. Desde su lecho de dolor Juana asistía al santo Sacrificio.

Como era la festividad de San Pedro, el oficiante se inspiró naturalmente de este recuerdo en las breves palabras que dirigió á su auditorio íntimo, concluyendo así su peroración:

«¡Ya lo veis, cristianos, ya lo veis! Cuando el Señor manda, nada se le resiste: las prisiones se abren, las cadenas se desatan y caen de repen-

te... Pero otras ligaduras hay, distintas de aquéllas con que los perseguidores del Príncipe de los Apóstoles habían atado sus manos. Cadenas hay hasta aquí inquebrantables, que tienen cautiva en su duro lecho y como perpetuamente ligada á la enfermedad á una criatura de Dios; cadenas hay que no llevándolas más que un solo miembro lastiman á toda su familia...

Pues bien, abrigad todos conmigo la firme confianza de que el mandato celestial va á sonar pronto y *que esas cadenas caerán á su vez.*»

Estas palabras, como las pronunciadas por Monseñor de Leseleuc en Noviembre último, se apoderaron del alma de Juana; y ella se complacía en repetírselas á sí misma durante sus penosas jornadas y eternos insomnios.

El piadoso Prelado, cuyo nombre acabamos de recordar, se había dormido en brazos del Señor un mes apenas después de prometer á Juana que pediría su curación á la Santísima Virgen. La joven que profesaba

un verdadero culto á su memoria, á menudo la invocaba secretamente en sus oraciones como la de un poderoso auxiliar y celestial amigo.

El día mismo de la alocución de «las cadenas que debían caer en breve,» Juana y su madre, sabedoras de que el abate de Musy esperaba llegar á Lourdes un poco antes del 15 de Agosto, le suplicaron les permitiera unirse á él para este viaje.

Pero el abate de Musy se negó abiertamente á ello:

—No, ciertamente, no, dijo él. A causa del milagro con que el cielo quiso favorecerme, toda la Diócesis tiene sus ojos puestos en mí. Si yo acompañase á la enferma y regresara á Autún en el mismo estado, esto me daría cierto aire de haber hecho fiasco; y si, al contrario, volviese curada, se creería que yo tenía algo que ver en esto; y necesariamente habría gentes que me considerarían como un taumaturgo, como un santo milagroso, pretenderían canonizarme, y se forjarían ideas absurdas... Así, pues, repito que nó, mil veces nó.

Esta franca negativa fué recibida con tristeza. Juana, desde el principio se había mecido en la dulce satisfacción de que el sacerdote por el cielo favorecido, iba á ser su ángel Rafael en este penoso y largo Peregrinaje. A las razones por él expuestas nada podía objetarse, y ella no respondió sino con silenciosas lágrimas, —argumento del corazón á menudo más poderoso que los argumentos del raciocinio.

Turbado por estas mudas instancias, afligido por la pena que su negativa originaba, el abate de Musy estaba en el fondo más perplejo de lo que parecía. Por legítimos y decisivos que fueran los motivos que le determinaban á proceder de esta suerte, la piedad se sublevaba contra ellos. En su angustiada situación de ánimo, recurrió á la oración como acostumbraba hacerlo.

Ahora bien, lo mismo que su familia de Fontenay, veneraba profundamente la memoria de Monseñor Leseleuc. De Musy rogó al Prelado le iluminase y guiase en aquel

revuelto mar de incertidumbres y ansiedades.

Pero ¿qué ocurrió? Se ignora. Lo que se sabe es que durante la última misa de una novena por la intención del difunto obispo, el abate de Musy sintió cesar de repente sus vacilaciones, bajo la presión de una voz interior de irresistible poder. Y como un navío que la mano del piloto hace bruscamente virar de bordo, giró su voluntad tomando el rumbo opuesto al que hasta allí había seguido y que á su juicio era el único que seguir debía.

—Consiento en todo cuanto Uds. dispongan, dijo á las señoras de Fontenay. Vuestro itinerario será el mío. Fijen Uds. el día y la hora de nuestra partida— y que Dios sea con nosotros

Convinieron en ponerse en camino el lunes de la siguiente semana.

XIX

El gozo religioso de Juana creció hasta el punto de alarmar á aquéllos que por ella se interesaban. Sentía dentro de su alma la necesidad de anunciar el Milagro y precisar su fecha.

Consideraciones teológicas se mezclaban á su entusiasmo y á su esperanza:

— Toda mi vida, repetía á cada paso, la solemnidad de la Santísima Virgen en su Asunción, ha sido para mí la Fiesta de las fiestas y con verdad siempre la he distinguido de las demás. Desde la niñez mi alma se ha regocijado en ese triunfo solemne de nuestra Madre celestial; y todos los 15 de mes he comulgado en conmemoración del 15 de Agosto que á Ella le ha sido consagrado por la liturgia católica. Si la Inmaculada Concepción ha señalado la entrada de María en este miserable mundo, la

Asunción nos señala el feliz momento de toma de posesión del Reino de los Cielos, del reino de la inmortalidad. La Iglesia ha proclamado como dogma de fe la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen... Anhele de todo corazón la hora en que venga á proclamar también como dogma de fe la gloriosa Asunción de la Madre de Dios.

Así se explicaba Juana y era oída con gran sorpresa. Después añadió:

— En la solemnidad de la Asunción veré yo terminarse mis crueles padecimientos... Cuando la Virgen me haya curado quiero usar sus colores... ¡Vamos! Pronto! Prepáreseme mi tocado, mi vestido blanco y mi cinturón azul!

Esta exuberante esperanza hacía temblar ante la idea de una decepción. Sin embargo, nadie se atrevía á interrumpir esta viva convicción ni manifestar sus dudas... No se podía bogar contra marea, habría sido como predicar en el desierto.

Así, pues, cediendo al deseo de Juana, la señora de Fontenay hizo

venir la costurera para encargarle el traje de fiesta. Pero la pobre joven la mañana siguiente no pudo incorporarse para probar el justillo.

Una de sus parientas, joven y amable como ella, la señora Harold de Fontenay se presentó ese día, como bastante á menudo acostumbraba hacerlo, á pasar un rato con la enferma.

— ¡Vaya, reempláceme U., le dijo ésta, mi querida amiga. U. tiene poco más ó menos igual cuerpo que yo. Y luégo será para mí una satisfacción el que haya entrado U. por algo en mi vestido de resurrección.

Dicho y hecho; la señora Harold se probó el traje. Mientras le ayudaban á vestirse los ojos febricientes de Juana seguían con suma atención los más nimios pormenores, haciéndose cargo de la exactitud y buen corte de la prenda. Las proporciones estaban bien y la costurera había manejado sus tijeras con acierto y buen gusto. No podía pedirse cosa mejor hecha.

Había algo de gracioso y al mismo tiempo grave en esta escena. Para

que Juana, para que la pobre imposibilitada pudiera vestir el traje que su amiga probaba en sustitución suya, para que el blanco vestido de cintura azul absorbiera de aquel modo su pensamiento, menester era nada menos que la intervención del Todopoderoso y uno de los inauditos milagros realizados por manos de Jesucristo.

— Mírese U. en el espejo, dijo Juana á su prima. Hé ahí precisamente cómo estaré yo dentro de ocho días, después que Nuestra Señora de Lourdes me haya curado.

La señora de Harold no sabía dónde estaba: tan grande era el trastorno de su alma. La ligera muselina le pesaba sobre los hombros como una túnica siniestra y deseaba quitarse cuanto antes aquel vestido blanco parecido á una mortaja... «¡Ay! pensaba en silencio, este virginal vestido no será acaso el que sirva para enterrarla!» Y se dió prisa á partir porque las lágrimas la ahogaban. No bien hubo cerrado la puerta del cuarto, los sollozos estallaron,

— ¿Qué es eso? ¿qué pasa? le dijo su marido que estaba esperándola en la antecámara.

— ¿Qué ha de ser, amigo mío? La pobre Juana delira. Hace prepararse un traje de fiesta!... ¡Oh! jamás he podido comprender que estuviera en tan extremoso como lamentable estado (1)!

XX

En la mañana del 10 de Agosto, el «buen Superior» dió á Juana la sagrada comunión, viático harto necesario para tan peligroso viaje, emprendido contra toda prudencia humana en busca de un divino remedio.

Grandísimas fueron las dificultades habidas para trasladar á la enferma por los rellanos y escaleras de la casa y acostarla en la carretela que debía conducirla hasta el ferrocarril.

(1) La señora Harold de Fontenay, de quien hablamos, después de esta época fué prematuramente arrebatada al afecto de su familia y de cuantos la admiraban por sus virtudes y bondadoso corazón. Su memoria no se borrará fácilmente.

Hacía bastante tiempo que los punzantes dolores que sentía no permitían que se la pudiera trasladar sentada de una parte á otra. Preciso era llevarla horizontalmente, como al moribundo en una camilla ó al cadáver en su caja.

Así los criados de la casa, como varios amigos que rodeaban el coche, no pudieron menos que verter lágrimas. Y en medio de todos aquellos semblantes contraídos por la inquietud ó la desolación, la frente de Juana se destacaba radiosa de esperanza.

—No lloréis, decía sonriéndose, miradme bien; ésta será la última vez que me veáis de este modo.

—¡Que Dios lo quiera, mi querida Juanita! le respondió la Señora Josefa de Fontenay, tía suya que le profesaba un tierno cariño, pero sin embargo hay que preveerlo todo. Ya sabes que las estaciones de los ferrocarriles de provincia, los vagones-camas se piden cuando menos ocho días antes; no lo echés en olvido para tu regreso.

—¿Para mi regreso? exclamó Juana. No hay necesidad de ello. Volveré como todo el mundo, y hasta en tercera clase si es preciso.

Tales palabras produjeron en cuantos la oyeron efectos muy encontrados.

—¿Qué fe! murmuraban unos.

—¿Qué exaltación! decían otros.

La pobre enferma fué instalada en un vagón-cama. Cerca de ella tomaron asiento su madre y una antigua criada, la fiel Petronila, medio inválida y sorda, que quiso acompañar á sus señoras, no para rogar por ella misma sino por su querida Juana, á quien había visto nacer. Según su promesa, el abate de Musy iba en el mismo tren. La señora Josefa de Fontenay se colocó á su lado en el coche contiguo al de la enferma.

Enrique, por hallarse enfermo y condenado á guardar cama, no había podido ponerse en camino. El señor de Fontenay se contentó á causa de esto con acompañar á los peregrinos hasta el embarcadero. Cuando la locomotora se puso en marcha, siguió

con la vista hasta perderse en el horizonte aquella triste procesión de negros coches llevada en alas del mugiente vapor. Allí permaneció clavado hasta que las últimas ondulaciones del humo se hubieran perdido en el lejano espacio y el sepulcral silencio viniera á suceder á aquel estruendoso huracán que le arrebatava á su esposa y á su querida hija. ¿A dónde iban aquellos seres amados? ¿Volvería á verlos!... ¿Quién sabe?... ¡Ay! por el momento los había visto perderse en el seno de lo desconocido, de ese desconocido lleno de esperanzas, cuando poco antes reunidos todos, oraban implorando la divina misericordia y unos á otros se excitaban á tener fe y confiar en Dios; desconocido á la vez, vago y lleno de temores, al separarse ahora que la pasmosa certidumbre de Juana y las ardientes exhortaciones del curado sacerdote habían huído y faltaban allí para reanimar los corazones, vivificar la fe y sostener el ánimo desfalleciente!...

Al detenerse el convoy algunos

minutos en la bifurcación de Montchanin, los peregrinos distinguieron en el andén de la estación á un joven Obispo á quien en seguida reconocieron.

— ¡Qué coincidencia tan venturosa! qué feliz presagio, se dirigieron unos á otros!

Era Monseñor Perraud, que venía de Paray-le-Monial y se dirigía á Autún. El Obispo se llegó á la enferma y la bendijo. Este encuentro causó á Juana una grande alegría: aquella bendición le daba mayor ánimo, mayor confianza en Dios.

— Voy, dijo ella, bajo la protección de dos Obispos. En el Cielo, donde Monseñor Leseleuc está indudablemente, sostiene la palabra empeñada y ruega por mí á la Santísima Virgen. En la tierra, aquí abajo, por una disposición providencial, su sucesor, Monseñor Perraud, se encuentra al paso para bendecirme en el momento en que llegamos á los límites de la Diócesis.

Después de imponderables fatigas, después de las más dolorosas crisis

ocasionadas por las trepidaciones del ferrocarril, la enferma llegó á Lourdes el martes por la noche. La pobre Juana estaba molida, quebrantada como jamás lo había estado: el viaje tuvo una duración de treinta horas.

XXI

Apenas abrió los ojos en el siguiente día, hubiera querido ser inmediatamente llevada á la Gruta; pero el quebrantamiento de sus miembros, la lasitud, la falta de fuerzas, se lo impidieron. Preciso fué esperar hasta pasado el medio día.

La mañana, sin embargo, no fué perdida del todo. A eso de las once llamaron á la puerta del cuarto, y un Prelado de rudo y bondadoso aspecto se presentó á poco.

— Monseñor Peyramale! exclamaron madre é hija con acento conmovido (1).

(1) En el mes de Marzo anterior el cura de Lourdes había sido promovido á la dignidad de Protonotario Apostólico, por un breve de Pío IX. En la misma época la capilla del Peregrinaje quedó erigida en basílica.

Y el recuerdo de las palabras del siervo de María el año anterior las asaltó vivamente.

—Aquí nos tiene U. todavía viniendo á invocar de nuevo el poderío de Nuestra Señora de Lourdes; aquí nos tiene U.; pero llena el alma de fe.

—*Fiat tibi sicut credidisti.* «Que Uds. alcancen según y conforme á esa fe misma» confíen Uds. y esperen un gran milagro!... Me parece que la Santísima Virgen va á festejar el regreso del Hijo Pródigo!

—Ah, Monseñor! ruegue U. por nosotras.

—Ya lo he hecho!...

En el mes de Agosto á menudo hace un calor tropical en Lourdes. Aquel día el sol abrasador de estas comarcas seguía su carrera por un Cielo sin nubes é incendiaba la atmósfera. Y á pesar de esto Juana tenía frío, mucho frío.

Del sol estivo al rayo, que abrasaba,
Yerta la flor primaverál temblaba.

Al ponerla en el coche que debía conducirla á las rocas de Massabielle, necesario fué abrigarla con sus calientes pañolones y mantas de lana y colocar bajo sus pies una ampolla con agua caliente...

Venciendo con heroica resignación y sin decaimiento de ánimo las instintivas repulsiones de la carne y los nervios, Juana se decidió á que la sumergieran en el agua glacial de la Piscina.

La enfermedad que tánto había afligido sus miembros supo respetar su vigorosa y magnífica cabellera. Cuando le desataban sus trenzas los cabellos llegaban hasta el suelo... Y tal es la naturaleza de la mujer que, de seguro, la madre y la hija tal vez sentían cierta complacencia contemplando la sedosa capa que cubría su lastimado cuerpo.

Juana fué bañada en el agua milagrosa. Y esta vez, lo mismo que los días siguientes, se tuvo cuidado de no sumergirla más que hasta el cuello con el fin de no mojar la rica cabellera que hubiera sido difícil de

enjugar en seguida, y cuya humedad largo tiempo mantenida habría podido, según se creía, engendrar un catarro y despertar la calentura. .. ¡Precaución llena de prudencia, mezclada á los vuelos de la fe!

Un tanto por necesidad y otro quizá también por no sé qué idea medio supersticiosa, al salir Juana del baño hizo que le alquilaran, en aquel suelo de Milagros un carretón de inválido, cedido en ex-voto al Santuario el año anterior por una paralítica que allí había recobrado el uso de sus piernas. En el espíritu de la raza humana hay á veces cierta tendencia infantil á creer que ésta ó aquella cosa atrae la buena ventura lo mismo que el imán al acero.

XXII

De igual modo que en Jerusalén, al rededor de los cinco pórticos de la Fuente Bethsaida, delante de la Gru-

ta se veía toda clase de padecimientos esperando la hora bendita de su salvación.

Entre los enfermos que imploraban al Médico Celestial, siempre había algunos que llamaban la atención más particularmente.

Desde la mañana hasta la noche veíase allí á un pobre viejo sacerdote de la diócesis de Agén: el abate Cabane que, estando paralizado de todo el costado izquierdo, se arrastraba penosamente apoyándose en un grueso bastón...

Veíase también enteramente baldada y tendida en un carricoche una señora anciana, la condesa de Boulay, de las cercanías de Rouen que solicitaba su curación con cierta piedad febril, con cierto ardor exagerado y casi impaciente. Hacía unas dos semanas que pasaba los días enteros ante la imagen de María pidiendo que por ella se interesaran en sus oraciones todos cuantos ella creía gozaban de alguna influencia cerca de Nuestra Señora de Lourdes. En seguida que un sacerdote, un obispo

ó algún peregrino fervoroso, llamaba su atención, le enviaba su dama de compañía (persona de modales dignos y que parecía serle muy afecta), para que le dijese al oído: «Tenga usted la bondad de rogar por mi pobrecita señora, aquélla que está allí acostada.»

Como esta piadosa misión se reproducía con frecuencia cerca de muchos, algunos habían tenido ocasión de observar que aquella camarera que tantos ruegos á María solicitaba para su señora, ella no hacía ninguno, ni se arrodillaba, ni aún siquiera se inclinaba ante Nuestra Señora de Lourdes.

— ¡Ay! respondió la condesa á la reflexión que acerca de esto le dirigió un indiscreto: mi camarera es bondadosa, afecta y hasta religiosa; pero ha nacido protestante y no cree en la Virgen.

Al lado y en torno de estos desventurados suplicantes dos ó trescientos peregrinos estaban de rodillas silenciosamente ó se comunicaban entre ellos, en voz baja.

Arrastrada en su carretón y con el bendito Rosario que jamás soltaba entre sus dedos, Juana cruzó por medio de los numerosos fieles y entró en la Gruta.

Allí fué donde el que traza estas páginas vió por la primera vez á la enferma cuya historia hoy escribe, medio acostada en muelles almohadones. Hirió su atención aquella nueva víctima de los sufrimientos que venía á aumentar el número de los allí amontonados ante la roca de los Milagros; la contempló con tierna compasión y con esa piedad que siempre se experimenta viendo á la juventud postrada en el lecho del dolor y amagada por la implacable mano de la muerte, que lo mismo corta la añosa encina que la naciente flor. Ignoraba entonces quién era y ni aún conocía al sacerdote de elevada estatura, que á su lado oraba y, al parecer, de cuando en cuando trataba de alentarla ... Después supimos que no era otro sino el célebre abate de Musy.

La madre también, llorosa, arrodillada al lado de su hija invocaba á

la Virgen todopoderosa. Detrás de ellas una sencilla criada, de delicado aspecto, á su vez juntaba sus manos y rezaba con fervor. De pie y los brazos cruzados sobre el pecho, fija la mirada en la estatua de María, agitado y recogido al mismo tiempo, un joven de frente despejada y en el esplendor de la adolescencia, bajo sus movibles facciones dejaba percibir el fuego de su viva fe y las inquietudes del fraternal cariño. Era José de Fontenay.

XXIII

El viernes, 14 de Agosto, víspera de la Asunción, en la casa donde nos habíamos alojado para los días que durara nuestro peregrinaje anual, se presentó un desconocido diciendo que deseaba hablarme. Hízosele entrar.

Era el joven cuya fisonomía y piadosa actitud tanto habían llamado mi atención la antevíspera.

— Señor, me dijo, tengo mi hermana enferma hace ya siete años y hemos venido aquí con el objeto de al-

canzar, si es posible, un milagro de la Santísima Virgen. El libro de usted le reveló la existencia de Lourdes y fué quien en otro tiempo le inspiró el primer pensamiento de venir á implorar su curación, emprendiendo al efecto un largo viaje... Ella desea mucho tener el gusto de conversar con usted un rato; pero en el estado de postración en que se encuentra no puede hacerse conducir sino á costa de penosos padecimientos. Así, pues, tanto ella como mi madre y yo le agradeceríamos á usted infinito que se dignase visitarnos...

— Iré con mucho gusto por complacerla, así como á ustedes. Anúnciele usted que dentro de algunos minutos pasaré á verla.

Poco después, en efecto, fuí á la calle de la Gruta á la casa cuyas señas me había dejado José al tiempo de despedirnos.

— Gracias, señor, me dijo la señora de Fontenay, por la prisa que se da usted en honrar esta su casa.

Y me introdujo en el cuarto de su hija.

Estaba acostada y, á pesar del calor de la estación, sepultada bajo las mantas, la colcha y el guardapiés.

Ella me tendió su descarnada mano, que yo acerqué respetuosamente á mis labios.

— Usted es el autor de *Nuestra Señora de Lourdes*, me dijo con voz débil y mirándome con una ingenua curiosidad. ¡Oh señor! cuánto me ha cautivado el libro de usted, y cómo me ha hecho llorar! ¡Qué narración!...

— Las cosas eran tan bellas en sí mismas, señorita, que no pude afearlas enteramente, le respondí sonriéndome. Dios se ha complacido en bendecir esas humildes páginas y en servirse de ellas para gloria suya. Pero ¡ay! el libro vale más que el autor y se equivocaría usted, señorita, en deducir nada con acierto. Desgraciadamente para mí, preferible es leer mis escritos á conocerme personalmente... Sin embargo, he venido puesto que usted deseaba verme. En breves palabras me informó de sus penas sin término.

— El abate de Musy es quien me

acompañá á Nuestra Señora de Lourdes. Ocupamos este cuarto, el mismo que él ocupaba cuando el día de la Asunción, hace un año, salió de él totalmente enfermo para asistir á la misa solemne en honor de María Santísima, y al cual, pocos momentos después, volvía perfectamente curado. ¡Oh! sí, creo y espero llena de confianza en Dios.

Mientras ella me hablaba yo la miraba con atención y en los rasgos de su expresivo semblante, alterado y como arruinado por el sufrimiento, me era dado leer el mudo comentario de su doloroso relato.

Estaba sumamente pálida, y aquella triste blancura aparecía mucho mayor al lado de sus rasgados y brillantes ojos negros y de su negra cabellera. Toda su fisonomía tenía esa transparencia particular que la enfermedad suele prestar algunas veces, cuando llega á tocar en la esencia misma de la vida. Entonces parece que las opacidades del cuerpo se desvanecen huyendo, y que la materia, ya medio inmateral, deja entrever,

mejor que en plena salud, los reflejos del sér interior. A través de las diáfanas facciones de la joven se descubría un alma bella, candorosa por sí misma y depurada por el fuego de la prueba.

La pobre niña contaba como segura su curación, la cual tendría lugar al día siguiente, festividad de la Asunción.

A medida que me abría su corazón, su comunicativa confianza iba ganando el mío y yo también disfrutaba de sus presentimientos venturosos. Sin embargo, no me dejaba arrebatarse por ellos, porque en más de una ocasión esos presentimientos me habían engañado... Y, á pesar de todo, no podía menos de excitar su fe, recordándole algunos de los prodigios obrados por Nuestra Señora de Lourdes. Le referí especialmente la curación milagrosa de Lucía Fraiture, curación de las más conmovedoras, que en su día haremos conocer á nuestros lectores... Juana escuchaba ansiosa los pormenores de este drama divino, y sus ojos vertían copiosas lágrimas al

contemplar los dolores y las alegrías de esta hermana desconocida y como ella misma «Hija de María.»

Juana volvió á decirme:

Mañana el abate de Musy rogará por mí en la Misa de acción de gracias que á las ocho de la mañana debe celebrar en el altar mayor de la Cripta, ante el cual un año antes, en el mismo día y hora, alcanzó ser curado. Monseñor Peyramale por su parte me ha prometido su poderosa ayuda y pedirá por mí con instancia. Bernardita, un gran número de religiosas, de pobres, de amigos y parientes comulgarán mañana para alcanzarme la gracia que solicito ... Unase U. también á estas almas piadosas, U., á quien tan misericordiosamente oyó la bendita Virgen.

— Con toda mi alma, señorita: le suplicaré que la cure á U. y con toda mi familia, que me ayudará á suplicarle, asistiré á la misa del abate de Musy.

XXIV

La aurora de la Asunción se alzaba cubriendo de rosas el horizonte. José entraba en el cuarto de su hermana tan luégo como su madre y Petronila acabaron de vestirla.

— Buenos días, Juanita. Vamos ¿es hoy cuando la Santísima Virgen va á colmar nuestras aspiraciones?

— Sí, respondióle Juana con infantil alegría, y también con la fe de un niño. Sí, Nuestra Señora me curará hoy... No lo dudes, José. Hoy estaré curada, hoy mismo!

Y después de un breve silencio, añadió:

— ¿Quieres hacerme un favor, mi querido hermano?

— Pues! ya sabes que estoy á tus órdenes y á tus... Habla!

— Vé á decir á Monseñor Peyramale, que en el momento de partir para la iglesia, donde cuento alcanzar el fin de mis males, he sentido el

vivo deseo de suplicarle una vez más consagre una oración especial por mí, por mí sola, ¿entiendes?

José voló á cumplir su encargo y no tardó en estar de vuelta.

— Monseñor envía á decirte que espera más que nunca y que doblará sus ruegos.

El abate de Musy se había adelantado. José fué á la Gruta para tomar el carretón, subir hasta la esplanada de la Basílica y estar pronto á recibir y llevar á su hermana á la Cripta.

Eran ya las siete y media. Con motivo de la festividad del día habían acudido á Lourdes muchas gentes. La mayor parte de los coches que cruzaban la calle de la Gruta estaban ocupados; y los demás cocheros se negaban á alquilar sus vehículos á una persona inválida que desde luego era preciso trasportar desde su cuarto hasta la puerta de la calle... ¡Qué inquietud! ¡qué alarmas! Mucho se temía el no poder llegar á la misa que el abate de Musy debía celebrar.

Sólo Juana estaba tranquila, sólo

ella con una serenidad inaudita trataba de calmar los ánimos.

— No hay por qué temer, decía, cercano está el momento en que no tendré necesidad de nadie para ir á la Gruta... Y en cuanto á ese coche tan indispensable ahora, puesto que lo necesito, Dios sabrá darme un cochero bastante caritativo que quiera recibirme.

Algunos minutos después, efectivamente, un cochero se llegaba hasta la casa sin pensar; pudiera que, habiendo sido invocado el Señor, El venía á ser un agente de la Providencia. No sin malos modos se prestó á bajar en sus brazos á la pobre enferma, que no podía moverse, y la colocó en el fondo de su carruaje, una carretela descubierta.

La señora de Fontenay se sentó en frente de su hija. Poco tardó el coche en dejar detrás las últimas casas del pueblo y entrar en la incomparable y verde hondonada por cuyo centro se desliza el Gave entre las rocas con sus aguas transparentes y espumosas. A la derecha se descubrían las

suaves faldas de las colinas de Vissens y de Bartres y á través del ramaje de los árboles, una larga cinta de ondulante humareda: era el vapor de la locomotora que de Pau, Ortez ó Bayona conduce á Lourdes los peregrinos. A la izquierda destacábanse los picos del Pirineo, con sus nieves eternas ostentando sus fulgentes cimas.

Hacía un tiempo soberbio y en aquella hermosa mañana de la Asunción la naturaleza y la Iglesia parecían competir en hacer ostentación de sus vestidos de gala. El Cielo estaba puro, el sol radioso. La brisa leve y fresca de las nevadas montañas prestaba á todo cuanto respira su vivificador aliento. Aquí y allí las aves trinaban, gorjeaban y con sus dulces píos concitaban á la alegría. En el camino, carruajes y peatones ya se hacinaban, ya se cedían el paso: unos volaban hacia la Basílica, otros volvían á la población ó se dirigían á la pradera del Chalet, después de las misas matutinas. Estos llevaban el grueso Rosario de seis decenas

en bandolera ó pendiente del ceñidor, faja por lo común azul ó encarnada que en el país se estila; aquéllos, después de la Comunión, iban provistos de lo necesario para entre amigos y gente de la familia celebrar un cristiano ágape bajo el techo de bálago y á la sombra de la Rotonda rústica (1). Más lejos se veía un grupo de inocentes jóvenes que seguían su camino cantando el *Ave maris Stella* ó algún cántico de Nuestra Señora de Lourdes. Y en todas las fisonomías se reflejaba la más inocente alegría, el fraternal cariño, la satisfacción cordial de los hijos de Dios.

— Hé ahí una pobre enferma que busca remedio á sus males. Que la bendita Virgen de Lourdes oiga sus ruegos! decían las gentes que encontraban el coche de Juana.

Pero á este hermoso paisaje, á este vívido espectáculo, Juana parecía mostrarse indiferente. De sus cruzadas manos pendía el inseparable Rosario y sus descoloridos labios sólo se movían para rezar en éxtasis supremo...

(1) Véase á propósito de la Rotonda la nota 2 del apéndice.

Una vez pasada la Rotonda, sus ojos siempre elevados al cielo, descubrieron de repente el campanario de la Basílica que se alzaba del fondo de la tierra y tocaba el azul del firmamento. A esta vista una emoción íntima se apoderó de su alma y no siéndole posible formular su plegaria, ésta podía leerse escrita sobre sus mejillas por un torrente de espresivas lágrimas.

¡Llora, llora, hermana mía! ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!

XXV

En medio de un grupo simpático, José esperaba á Juana con su carreton en la esplanada de la Basílica. Allí estaban con él algunos amigos y parientes; la señora de Fontenay, de Sommams y su hija, llamada como la enferma, que venían de Luchón á asistirle con sus ruegos. Entre las personas allí presentes figuraban: la señora

condesa de Boulay, tristemente sentada en su carricoche, el pobre abad Cabame, medio paralítico, apoyándose en su bastón; la señora duquesa de Salviati, la señora y señorita de Montille, la señorita de Charodón, la señora condesa de Armailé y sus sobrinas. Otras personas más, deseosas de asistir á la misa de aniversario que el abate de Musy iba á celebrar en la Cripta, se estacionaban igualmente en el atrio...

Con las mayores precauciones, Juana fué trasladada en brazos desde la carretela al rodado carretón. Y no obstante la fraternal solicitud de José al realizar este trasbordo, en el semblante de la desgraciada se veían distintamente las contracciones ocasionadas por el dolor: tan penoso y cruel era para ella el menor movimiento.

Todos acudieron á su lado y cada cual le dirigía palabras de esperanza y le prometía orar por ella...

Juana les daba gracias con cariñoso afecto. Pero tenía sed de la paz y recogimiento, que sólo se encuentra

bajo las bóvedas sagradas, y deseaba vivamente verse en seguida al pie del Altar:

— Hora es ya, mi querido José; condúceme á la Cripta.

Pero el Superior de los Misioneros, el R. P. Sempé, cuya activa piedad y celo universal dirigía todo cuanto tenía relación con los Peregrinajes, en los días festivos acostumbraba impedir á los fieles el acceso á la Cripta con el objeto de obligarlos á asistir á las ceremonias de la Basílica y, por consiguiente, á aumentar así el brillo y pompa de la solemnidad.

La puerta exterior de la Cripta, por tanto, se hallaba cerrada. En vano José y otros muchos trataron de hacerse abrir.

— Inútil es llamar, les dijo uno de los Hermanos de la Casa: el Reverendo Padre Superior ha prohibido la entrada en la Cripta hoy por la mañana.

Esta orden produjo en el ánimo verdadera angustia y una consternación imposible de describir.

— Pero eso no puede ser!

-- Repito, señores, replicó el buen Misionero, que está así dispuesto por su Reverencia el Padre Superior.

— ¿Y á qué semejante orden?... No habrá medio, cuando menos, de hablar al Padre Superior?

— Nó; está ahora ocupado en comunicar sus disposiciones en la Basílica.

José pensó entonces en servirse de un rodeo que les facilitara la entrada en la Cripta. Dejando á su madre y hermana, después de prevenirlas, subió á la Basílica y, no sin tener que hacer grandes esfuerzos para cruzar por entre la apiñada muchedumbre, entró en la sacristía, bajó aceleradamente la escalera de la capilla subterránea donde el abate de Musy se preparaba ya para la celebración de su misa. Por casualidad José había tomado el camino alto de la Iglesia y entrado en ella ignorante de las disposiciones adoptadas por el Padre Sempé.

— ¿Dónde está su hermana de U.? preguntó en viendo á José.

— Está afuera. El Padre Superior

ha prohibido que se éntre en la Cripta durante la mañana.

El abate de Musy se levanta en seguida y se dirige á los empleados de la Iglesia, los cuales le oponen todavía la prescripción formal del Superior... Pero él insiste, como se suele insistir en circunstancias semejantes, tan urgentes como supremas: ya no suplica; en cierto modo trata de hacer uso de la autoridad y el derecho. Ante el ascendiente del sacerdote curado por la Santísima Virgen los legos y sacristanes ceden al fin... Sólo procura remediar en parte el mal.

— Nadie más que los enfermos! exclaman. Los enfermos, únicamente los enfermos! Así lo ha dispuesto el Padre Superior. Y esto diciendo entreabren la puerta.

No obstante lo imperativo del mandato, los que estaban detrás de Juana se precipitaron y entraron en pos de ésta y de los otros enfermos. A pesar de todos los ukases y de todos los guardianes, unas sesenta personas se instalaron en la Cripta, antes

que la invasión hubiera podido ser contenida, volviendo á cerrar la puerta. El abate Bouvier se mostró como de los más fogosos en esta piadosa insurrección. Creía en el milagro y deseaba ser testigo de él tranquilamente.

XXVI

Impedido el paso enteramente, un grupo compacto hacía oír sus quejas y reclamaciones ante la puerta, cuando, según mi promesa de la víspera, llegaba yo con mi familia algunos minutos antes de las ocho.

— ¡ Señor Lasserre ! exclamaron varios de aquéllos que allí estaban. Tenga U. la bondad de decir que nos permitan entrar.

— Amigos míos, no poseo la menor autoridad para ello. No siéndome posible otra cosa, voy á tratar de salvar esta dificultad. Tomando entonces el camino mismo que había seguido José de Fontenay un momento

antes, logré como él ganar la Cripta, seguido de dos ó tres de los insubordinados peregrinos que arrastró mi mal ejemplo.

Sentada, ó casi acostada en su carretón, la señorita de Fontenay, á quien mis ojos buscaban desde luégo, se había hecho poner contra el doble pilar de la izquierda en el sitio que ocupaba un año antes el abate de Musy. A su lado estaban su madre, la leal sirvienta, los parientes y amigos que hace poco citamos.

Algunos minutos después, entreabrióse la puerta por especial favor. Pero esta vez las precauciones fueron tan bien observadas contra las irrupciones de la fe, que sólo se permitió entrar al Excmo. duque de Nemours, al príncipe Ladislao Czartoryski, á la princesa Czartoryska y á la princesa Blanca de Orleans. Los demás peregrinos, á pesar de sus ruegos, tuvieron que quedarse afuera.

Y apenas sí la tercera parte de la Cripta estaba ocupada.

Tal como queda dicho, mi atención se hallaba enteramente fija en la en-

ferma. Lo mismo que cuando la vi por primera vez, tenía entre sus dedos el Rosario de Pío IX... De cuando en cuando sus ojos se volvían á mirar á su madre; y la expresión filial que en ellos se reflejaba decía que si deseaba curarse, no era exclusivamente por ella, sino también por todos cuantos la amaban...

Uno se inclina siempre á creer en aquello que desea y mi corazón reboaba de esperanzas.

Un estremecimiento religioso se produjo cuando el abate de Musy, revestido con todos los ornamentos sagrados, subió las gradas del Santuario.

José de Fontenay, hermano de Juana, hacía de monaguillo en esta Misa.

El santo Sacrificio dió principio y siguió en medio del más reverente silencio de parte de todos los asistentes. Después de la consumación, el Sacerdote distribuyó el Pan bendito á cuantos acudieron á la sagrada mesa eucarística, y luégo, bajando á darlo á los fieles, concluyó por llevárselo á los diversos enfermos allí

presentes, y á Juana que recibió fervorosa el cuerpo de Jesucristo.

Así que el abate de Musy hubo acabado de celebrar, no por eso se notó la menor novedad. La señorita de Fontenay continuaba siempre inmóvil en su carretón. ¿La había visitado el Rey de la gloria sin curarla y trataba de hacerla llevar para siempre la pesada cruz de sus males? ¿Quería sólo probar con la decepción de un momento á aquella desventurada hija de familia para acrisolar su fe y hacerla así merecedora de su gracia? ¿O bien, en el misterio y sin saberlo nadie se había realizado alguna acción sobrenatural?

La ansiedad era general.

Era seguro que la asistencia entera creía unánimemente que la última palabra no había sido pronunciada, pues todo el mundo continuó en su puesto sin la menor intención de considerarlo todo como terminado. Faltaba algo y era preciso esperar.

XXVII

El Sacerdote que iba á celebrar la siguiente misa salió de la sacristía acompañado de José. Habiendo levantado la cabeza al pasar por delante de mí pude reconocerle... Y, reconociéndole, toda esperanza me abandonó al instante mismo.

Era el abate Sire, profesor en el Seminario de San Sulpicio; el abate Sire que el año anterior en igual día, la Asunción, y á la misma hora ofrecía el santo Sacrificio en el mismo altar de la Cripta cuando de Musy fué curado. A la inesperada presencia de este sacerdote un torrente de pensamientos asaltó y avasalló mi razón:

« ¡ Aberración extraña! me dije. La familia de Fontenay habrá invitado á este eclesiástico á fin de que todas las condiciones en las cuales la curación del Señor de Musy tuvo lugar hace un año, se cumplan minu-

ciosa y exactamente, y repetidas hoy, se repita también el mismo fenómeno sobrenatural!... Y han pensado que porque fuera el sitio mismo, — el mismo pilar, — la misma misa, — el mismo altar, — la misma festividad de la Virgen, — la misma fecha, — la misma hora y hasta el celebrante mismo, se vería de repente renovarse idéntico milagro!... ¡ Vanas supersticiones! El Milagro no es un precipitado químico que uno puede obtener á su antojo, mezclando y uniendo, en condiciones dadas, las mismas dosis de iguales elementos. Dios es Espiritu! — y los actos de su poder y de su bondad nada tienen de común con esas diestras manipulaciones de las cosas externas y los cálculos matemáticos de combinaciones materiales. El Señor se indigna, antes bien, contra ese ultraje inferido á su íntima esencia. La pobre Juana no será atendida y seguirá enferma como hasta ahora!»

Mientras que mi cabeza seguía así el curso lógico de estas deducciones, el abate Sire concluía la lectura del

Santo Evangelio, á que tan poca atención había prestado mi oído.

¿Será preciso confesarlo? Estas consideraciones me parecían llevar el sello de una filosofía tan racional y religiosa, que *in pectore* me admiraba de analizar con tal precisión los actos divinos y las leyes misteriosas del orden sobrenatural. Algunos ecos vagos de la acción de gracias del Fariseo, alguna necia semejanza con la estólida vanidad de Garo, se mezclaban á mi meditación y á mi plegaria. « ¡Sí, verdaderamente, Señor, os doy gracias por haberme concedido el beneficio raro de una fe equilibrada, previsora y sagaz! ¡Cómo, gracias á Vos, logro elevarme por cima de esas puerilidades de forma y esas tendencias ¡ay! de superstición tan extendidas y las cuales, hoy mismo, han extraviado á esa inocente joven, que no será curada! »

Hasta aquí llegaba en esta complacencia personalísima, cuando, más pronto que un relámpago, un estremecimiento eléctrico vino á agitar las cabezas de todos... Juana acababa de

salir de su carretón dejando caer á sus pies los chales y demás ropas que la envolvían...

¿Qué había pues tenido lugar en el alma tan vívida y en los miembros tan extenuados y desfallecientes de la señorita de Fontenay ?

Para explicarlo bien preciso es volver un tanto hacia atrás.

XVIII

Durante la celebración de la primera misa, un poco después que el abate de Musy hubo administrado la sagrada comunión, Juana había sentido en sus piernas inertes un molesto hormigueo.

— ¿Qué va á sucederme ? se dijo á sí misma, presa de una mortal angustia. ¿Será una crisis?... ¡Ah! Virgen Santísima, os negáis á curarme ?

El hormigueo cesó en seguida. Y la joven continuó su ruego: « ¡ Benedita Señora de Lourdes, tened piedad de mí ! »

Pero de nuevo el hormigueo volvió á apoderarse de su cuerpo y de nuevo Juana se dirigió á la Madre celestial, á la Madre de las madres:

— ¡ Ah ! Madre mía ¿ no queréis salvar á vuestra hija ?

A esta queja, lo mismo que antes, el hormigueo cesó repentinamente...

Había cesado, sí, y Juana por una especie de adivinamiento del alma, comprende que aquel trabajo íntimo que en ella se verificaba, que conmovía sus fibras, sus músculos, sus nervios y hasta penetraba en la medula de sus huesos, era la curación que se operaba en el misterio de su organismo. Entonces se echó sin reserva ni temor en los brazos del Todopoderoso, y expresó así su fe dirigiéndose á la Virgen:

— ¡ O María ! ¡ O Madre mía ! haced de mí lo que mejor os plazca !... A vos me entrego como hija vuestra !

Y como si el soberano Señor de lo Criado hubiese oído estas palabras de entera abnegación, hé aquí que todo el sér de la inválida es sobrecogido por la acción providencial. Parecía-

le que en sus miembros y en su sangre se verificaba una fermentación sorda, semejante á la del vino nuevo; el calor regeneratriz hierve en ella y la abrasa como un fuego interior. Luego la calma sobreviene poco á poco, no dejándole otra agitación que la natural del alma, temblorosa aún de lo que acaba de realizarse.

Juana tenía la intuición de que la Santísima Virgen no apartaba de ella sus ojos. Y oía una voz imperiosa y al mismo tiempo dulce que le decía:

— Levántate ! Levántate !

En aquel momento el abate Sire había subido al altar.

Trastornada y vacilante la joven interrogaba al Señor y se interrogaba á sí misma.

— ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! ¿ Qué es lo que siento ? ¿ No es esto un sueño celestial ? ... ¿ Será una ilusión ? ¿ soñaré de veras ? ¿ Qué haré ? ¿ qué debo hacer ? ¿ Debo levantarme y cruzar por medio de esas gentes ? ...

Y mientras ella invocaba una respuesta del Cielo para su perplejidad creciente, el Oficiante pronunciaba

la primera palabra del Símbolo: *Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem.*

«¡Credo! sí, Yo creo,» era lo que había que decir.

— «¡Credo! sí, Yo creo,» era lo que se debía sentir:

— «¡Credo! mil veces sí. Yo creo» era el acto que se tenía que cumplir. Entonces fué cuando Juana se levantó y el estremecimiento eléctrico cruzó por la existencia.

Bajó pues de su carretón y dando algunos pasos fué á arrodillarse junto á la balaustrada del Santuario.

Yo me encontraba cerca de ella y pude oír sus sollozos... Las lágrimas saltaron de mis ojos, y en verdad que ya no pensé más en mi filosofía! (1).

[1] Digamos sin embargo, á fin de no inducir en error á nuestros lectores, que el abate Sire no hab'a sido invitado, que la familia de Fontenay ni aun siquiera le conocía, y que las coincidencias que suponíamos buscadas y preparadas por la mano de los hombres eran enteramente fortuitas y dispuestas por la mano de Dios.

Podríamos exponer aquí (y á fe que nos sentimos con mucha gana), cómo el abate Sire, lo mismo que el año precedente en igual día, pedía en aquella Misa una señal á la Santísima Virgen en favor de la obra por él emprendida para la glorificación del dogma de la Inma-

XXIX

En esta asamblea de almas en oración se produjo un cierto tumulto ahogado y una agitación contenida.

Al escuchar el indefinible rumor de las exclamaciones en voz baja y el extraordinario movimiento que se produjo y cuya causa ignoraba, José de Fontenay, que servía aquella Misa, se volvió con prontitud para imponer silencio y dar á entender con un gesto que estaban en la casa de Dios... Pero poco faltó

culada Concepción. Pero semejante exposición, por muy interesante que fuera, nos conduciría demasiado lejos de nuestro asunto principal en este momento. Nos llevaría á regiones misteriosas y sobrenaturales que exigirían un viaje aparte y una exploración especialísima.

La narración de un Milagro es como el descenso de una ría en una barca sosegada. Se pueden ver todos los risueños arroyos ó los majestuosos ríos que en ella desembocan llegando por distintos lados, y á los cuales la Providencia ha trazado el declive y el curso que deben recorrer. Bastaría remar agua arriba para admirar todavía más la acción de Dios: pero la corriente de la ría arrastra la barca y sólo da tiempo para echar una rápida ojeada á encantadoras praderas ó á los valles umbríos por donde desembocan aquellas hermosas aguas. ¿De dónde vienen y cuál es su historia? Que uno de los viajeros de la barca, que un lector de este libro, desembarque un día en su orilla ó se encamine hasta su fuente, y á su paso encontrará maravillosas comarcas.

para caer desmayado al descubrir en frente de él á su querida hermana dirigiéndose hacia la reja del Santuario y arrodillándose allí junto á ella... En su turbación casi no puede responder á las diferentes oraciones del Santo Sacrificio.

Juana permaneció prosternada durante el *Credo*, el Ofertorio y la Elevación... Lágrimas irresistibles de santo reconocimiento, lágrimas de inefable gozo corrían dulcemente por sus mejillas que ocultaba entre ambas manos. En otro tiempo había también llorado del mismo modo.

Como ya había comulgado en la misa anterior, ella se retiró de allí en el momento mismo en que los fieles se llegaban á la Santa Mesa y volvió al lado de su carretón á arrodillarse en una silla que con mano trémula le ofreció en seguida uno de los circunstantes.

Tal era sin embargo el recogimiento de esta familia, y tan grande el santo temor de todos á vista de la obra de Dios sobre su criatura, que nadie, ni aún su madre, se in-

clinó hacia ella para interrogarla y saber la situación de su ánimo en aquella circunstancia. Para penetrar en el misterio del divino trabajo, parecía que era necesario un hombre consagrado, un ministro del Señor.

Prevenido del estado extraordinario de la señorita de Fontenay, el abate de Musy se presenta :

--¿Qué es eso? le pregunta en voz baja; ¿qué ha sucedido? ¿está V. curada?

Todo el mundo adivina el sentido de las preguntas que no escucha, todo el mundo á las respuestas de la joven espera ver brillar la alegría en el rostro del sacerdote y en el de la madre. Pero, por el contrario, las facciones de ambos se cubren con un velo de gravedad. El señor de Musy se aleja silenciosamente para subir á la iglesia superior á terminar su acción de gracias. Y en el alma de todos vuelve á dominar la duda.

La explicación de todo esto no es otra que la siguiente: Juana estaba tan sobrecogida y era tal la opre-

sión de su pecho que no pudo responder ni una sola palabra á las preguntas que le habían sido hechas. La voz le había faltado enteramente y se vió tan imposibilitada de producir el menor sonido lo mismo que si, como Zacarías en el Templo, hubiese sido herida de mutismo por el contacto de lo sobrenatural.

La misa del abate Sire fué terminada y Juana permanecía siempre absorta en su adoración y tan inmóvil como la estatua de la contemplación divina. Los ojos de todos estaban fijos en ella.

Algunos minutos pasaron de este modo.

Por último Juana se levantó nuevamente. Santiguóse con lentitud y dirigió una tierna mirada á aquel altar del cual parecía separarse con pena. Después, en medio de la inexplicable emoción de los fieles, cruzó la Cripta y entró en el largo pasillo que conduce fuera. Una vez en espacio libre, corre conmovida, agitada, transfigurada, soberbia; pero, como ya lo dijimos, la puerta de

salida estaba cerrada por orden superior. Detenida por este obstáculo, Juana vuelve á la Cripta.

Una valla de gente de respeto que su madre misma no se atreve á salvar, se forma en torno suyo. En un arranque de fraternal cariño, sólo José se lanza hacia ella y la estrecha con ternura entre sus brazos:

— ¡Oh! ¡hermana mía! ¡mi querida hermana!

El corazón de Juana, sin embargo, desea ante todo ver al sacerdote que, como ella por el cielo favorecido la ha guiado á Lourdes y que durante tantos meses la ha inclinado á esperar y á creer...

Al pasar cerca del que estas páginas escribe le dice:

— Quisiera ver al señor abate de Musy.

Yo subo rápidamente la escalera que conduce á la Basílica.

— ¡Baje V.! ¡Baje V. pronto! grité á de Musy. La señorita de Fontenay me envía á llamarle.

— El señor de Musy llega al instante.

—¡Padre! ¡Padre mío! le dice Juana: no hay que dudarlo, estoy curada!

—¡Pues bien! Ahora, le contestó de Musy, siga V. los impulsos interiores y cumpla V. fielmente todo cuanto la Santísima Virgen le inspire.

XXX

Juana entonces se dirige hacia el sitio mismo en que ha sido tocada por la gracia divina, en que la diestra todopoderosa de Dios le ha devuelto la salud. Al abrirle paso, todo el mundo se pregunta:

-- ¿Qué va á hacer? ¿Qué va á hacer? ...

Va á tomar el timón de su carretón y realizar al pie de la letra esta palabra del Evangelio: *Tolle grabatum tuum et vade*. «Conduce tú misma tu lecho.»

Algunos quieren prestarle su auxilio para conducirlo...

— ¡No! ¡No! exclamó José; que nadie la ayude. Y Juana se pone en camino.

Sale de la Cripta; atraviesa los Vestíbulos y la esplanada de la Basílica, y entra en la carretera en medio de su familia que se deshace en lágrimas. Su familia en aquel momento éramos todos; era ese pueblo santamente amotinado, cuyas alas crecían sin cesar al rededor de ella: Juana era nuestra hermana, era nuestra hija.

Radiosa y los ojos bajos, sintiendo á la vez la gloria de la gracia recibida y la confusión de ser objeto de tan sublime escena, baja el camino con seguro paso.

Juana echa de ver, sin embargo, que en el santo lugar ha olvidado el bendito Rosario de Pío IX, aquel Rosario que había sido el compañero de su enfermedad y al cual el recuerdo del Milagro iba á hacer más precioso todavía. Al tiempo de incorporarse repentinamente para salir del carretón había caído junto al pilar de la Iglesia.

Su prima, la joven señorita de Fontenay de Sommans, voló á buscarlo en seguida, y se hizo alto hasta que volviese. Juana se volvió hacia el Templo augusto. Arrodíllase y sin soltar de las manos el timón de su carro, reza en alta voz: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...» La multitud toda, prosternada como ella, responde:

—«Santa Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.»

El Rosario ha sido hallado, y el dichoso cortejo sigue su camino dirigiéndose hacia la bifurcación que conduce á la Gruta.

Ahora bien, durante este tiempo el R. P. Sempé, entonces superior de los Misioneros, había juzgado necesario poner, cruzando el camino, unas cadenas dispuestas de modo que sin impedir la circulación á los peones, servían de obstáculo al paso de los carruajes hasta tanto que una autorización suya ó de alguno de los padres de la Misión

levantase el *veto* para que pudiera entrar un enfermo ó una persona favorecida. Esta formalidad, cuya ejecución á veces venía á complicarla la ausencia del Guardián, daba desgraciadamente por resultado el hacer esperar largo rato á los enfermos que se hacían trasportar en coche á la Gruta ó á la Piscina.

U El abate de Musy que había instintivamente pensado en esta circunstancia, por la cual tanto él como la señorita de Fontenay se vieron molestados los días anteriores, echando por un atajo corrió á la residencia de los Misioneros, se hizo dar la llave y él mismo abrió el enorme candado de la clausura, de modo que cuando Juana llegó con su carro seguida de la multitud halló tendidos por tierra los pesados eslabones de la cadena de hierro y el paso franco.

Por una súbita reminiscencia acordándose entonces de la fiesta de San Pedro Aherrojado y de las palabras que desde lo alto del altar había hecho oír á la pobre enferma que yacía postrada en el lecho del dolor,

el abate de Musy exclamó como si entonara el Hosanna:

— ¡Pasad!... Podéis pasar! *Las cadenas han caído ya !!...*

Y Juana pasó.

En aquel momento no era la misma de antes. Toda su persona estaba animada de una fuerza misteriosa. Tenía el pecho alto y jadeante; la cabeza erguida con aire de una incomparable nobleza; su rostro, antes pálido, había cobrado un matiz sonrosado, un esplendor indefinible... ¡Ah! Era sin duda alguna el soplo primaveral de una vida nueva, y bajo aquella delicada apariencia, bajo aquella piel ó envoltura, la primera circulación de una sangre más vívida, más vigorosa. Era ante todo, el divino reflejo y el rayo celestial que había marcado sobre esta hija de los hombres la mano luminosa de la Reina de los Angeles.

Lejos de apagarse el fuego sobrenatural, ardía creciente y con resplandor cada vez más puro. Después de haber hollado con su pie las cadenas que en un tiempo la esclaviza-

ron, del mismo modo que un corcel en libertad completa, la joven aceleró su paso y arrastró velozmente como un carro triunfal aquel miserable lecho rodado, que pocos momentos antes había tenido sujetas á su acción la energía y los vuelos de la juventud. Corría, volaba llorando, riendo, tirando á sacudidas el carrretón y jugando en cierto modo con el milagro como el niño á quien la madre tierna acaricia en su regazo. No estando calzada sino de ligeros pantuflos á cada cinco ó seis pasos le acontecía quedarse descalza ya de un pie ya del otro. Pero, ágil y flexible, se bajaba y después de calzarse volvía á seguir su camino corriendo y saltando ligera como una gacela.

No lejos de la Piscina, Juana hizo alto. Su hermano José le trae lo que ella ha pedido, lo que con ardiente sed desea, un vaso del agua milagrosa, un vaso de aquella agua que nació en otro tiempo al mandato de su Bienhechora.

Tan luégo como lo hubo bebido, un

sacerdote de nevada cabeza se precipita sobre el vaso, que considera como una reliquia desde aquel momento; pero tal fué su arrojó que, sin por esto calumniar al buen abate Bonvier, diremos que los guardianes de la peregrinación jamás han vuelto á verle. Vuelve á continuar su camino y llega á las Rocas de Massabielle. En el depósito de los Misioneros había una hacha de gran peso: José la toma y se la ofrece á su hermana; y así llevando en la mano izquierda la luz y con la derecha empujando el carro triunfal, ella penetra en la Gruta de las Apariciones.

Arrodíllase y en seguida dirige á la Virgen una silenciosa plegaria: expresión cumplida de su reconocimiento. Pero la necesidad de una pública acción de gracias vino á imponerse en el ánimo de todos los allí presentes, y Juana busca con ardorosa mirada al abate de Musy para decirle que entone *el Magnificat* ó *el Te Deum*.

— ¿Le ve V. entre esas gentes? me dijo en voz baja.

—No, señorita, y no vendrá ya.

Comprendía yo muy bien que tan humilde sacerdote, temiendo las ovaciones, trataría de esquivarse; comprendía también que aunque había asistido á los padecimientos, no querría estar presente á la gloria alcanzada, y que habría ido á dar gracias en el mayor recogimiento posible á Nuestra Señora de Lourdes en la Cripta, ó en el solitario dormitorio de su propia casa.

Un eclesiástico dijo entonces.

Yo pertenezco á la diócesis de Autún, y con esta investidura alzo la voz para bendecir al Señor de cielos y tierra: *¡Magnificat anima mea Dominum! ...* (1)

El cántico de la Virgen resuena bajo la bóveda de la Gruta, y la multitud responde desde fuera con indescriptible entusiasmo.

En seguida todos rezan una decena de Ave Marías por los enfermos que solicitan su curación.

(1) Este sacerdote era el señor abate de Bonnamour, profesor del pequeño Seminario de Autún.

XXXI

Y, en efecto, dos pobres desvalidos se hallaban presentes: la señora condesa de Boulay, en su carrujito y el Sacerdote medio paralizado que penosamente podía arrastrarse apoyado en su nudoso bastón.

¡Pobre señora que con tanto ardor é impaciencia, con tan tenaz esperanza había solicitado el remedio á sus males! ¡Pobre y anciano Sacerdote que con tanta solicitud había pedido la gracia de poder volver al ejercicio de su santo ministerio!... Al verlos mi corazón se oprimió y una sombra cruzó empañando mi alegría.

Así, tan luégo como la última *Ave María* fué rezada me llegué cerca de la señora de Boulay.

— Animo, señora, la dije. ¡Confíemos en que Nuestra Señora de Lourdes que tan temprano inaugura la fiesta de su Asunción, no la termi-

nará sin concederle á V. igual beneficio que á la Señorita de Fontenay!

— ¡Ah! señor Lasserre, me respondió acompañando la palabra con un fuerte apretón de manos, yo no pienso ya en mis males! ¡En este momento soy enteramente dichosa! ¡Mi corazón rebosa de alegría! ¡Mirad las radiosas facciones de la señorita de Fontenay!... Al verla ayer tan joven, tan joven y envejecida por los sufrimientos, tan joven y enferma como yo, deseché la idea de los míos propios y rogué por ella de este modo: «¡Oh, María! curadla primero que á mí!»

Después, volviéndose hacia la camarera protestante que tan lealmente la amaba y servía, añadió:

¡Vea V., hija mía, vea V. lo que hace la Santísima Virgen!

— ¡Es verdad! respondió la camarera llena de confusión... En verdad, señora, que tales milagros no se realizan en nuestra religión!...

— Pues bien, repuso la señora condesa, puede ser que la Santísima Virgen espera la conversión de V.

para curarme, para salvarme de estos males que tantas penas y desvelos le cuestan á V.

Y la buena camarera llora, titubea, no sabe qué hacer. ¡Inspiradla Señor!

Entonces me acerco al desventurado sacerdote de la diócesis de Argén, al abate Cabanne.

Gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Tenía el rostro encendido por la sangre y su respiración era dificultosa. Su vista detiene las palabras entre mis labios...

— ¡Me ahogo de gozo! ¡Qué felicidad! murmura con tembloroso acento. ¡Estoy en el cielo!... ¡Oh! ¡qué hermoso es esto! ¡Qué hermoso es! quisiera ver curarse á todos antes que yo!... ¡aun cuando yo no me curase!...

Y oyendo expresiones tales, comprendí más y más que los ojos materiales no descubren aquí abajo sino la falaz corteza de las cosas, que las más esplendorosas maravillas de la vida verdadera, son todas maravillas interiores y se ocultan al testimonio de nuestros sentidos.

Seguramente, la gracia de Dios, grande y admirable, había descendido á ceñir la corona de la salud en las sienes de aquella joven que, victoriosa y en señal de triunfo, había arrastrado su lecho á lo largo del camino hasta la Gruta; seguramente, aquellas multitudes tenían razón, hacían bien en glorificar al Señor por un prodigio tan patente; sin duda, sí, nosotros mismos tenemos razón en memorarlo hoy para que logre perpetuarse en el pueblo cristiano... Pero, según el juicio del ánimo y en una evidencia superior, ¿no era incomparablemente mayor y más admirable, la gracia sin visible resplandor que en secreto se había derramado sobre aquellas almas confundidas entre la muchedumbre, la gracia suave y todopoderosa que penetraba en la esencia del corazón humano, de este corazón tan naturalmente inclinado ¡ay! al egoísmo y á la propia satisfacción? ¿No era, sí, incomparablemente mayor aquella gracia que en ese corazón hacía germinar y florecer sentimien-

tos tan nobles, tan desinteresados, tan divinos?

XXXII

¿Cómo se pasó el resto de la mañana después del medio día? En verdad que no sabríamos decirlo. Salvo los pormenores que durante aquellas horas extraordinarias quedaron para siempre impresos en nuestro ánimo por el reflejo del Milagro, todo se halla confundido hoy en el brumoso horizonte de nuestros recuerdos.

Sólo sabemos que la señorita de Fontenay, solicitaba aún otra cosa que viniera á ser como el sello de su curación, como la enseña del celestial favor: faltábale la bendición de Monseñor Peyramale. Y voló á Lourdes para pedirla.

El Cura de las Apariciones la bendijo así:

— ¡La fe la ha salvado á V.! Que el Señor la acompañe y no dude V. más!

Después volviéndose hacia José, cuya juvenil fisonomía estaba radiante de felicidad, le estrechó entre sus brazos poderosos diciéndole:

¡Feliz mortal! ya se lo había dicho.

Inclinó á Juana á que vistiera durante un año, á contar desde aquella fecha, los colores de la santísima Virgen: blanco y azul. Bien se sabe que en Autún mismo ella los había escogido para su presentación en la Gruta.

Consagrándola de este modo el patriarca de Lourdes, rebosando en la idea de la grande Asunción, dirigió á Juana estas sencillas y graves palabras:

— Hija mía! viva V. santamente, á fin de que un día pueda decirse de V. como de la Santísima Virgen: *Assumpta est in coelis*. «Ella ha subido al cielo!»

A la salida de vísperas de la Asunción es cuando, desde el establecimiento del Peregrinaje, hace Lourdes su procesión solemne á la Gruta. Este día fué el primero en que Monseñor Peyramale se presentó con su

capa magna de Prelado romano. Y también fué el último. Disgustábale todo cuanto pudiera llamar la atención de las gentes y el pomposo vestido era molesto para su sencillez pastoral. Pero en aquel momento no había podido resistirse al deseo de uno de sus amigos que le repetía: «En honor del Milagro y á fin de contentar á ese pueblo fiel que tanto lo quiere, vista V. hoy la túnica de gloria y cúbrase V. con la capa de las grandes solemnidades.»

Al lado del Cura de Lourdes marchaba el abate de Musy.

En las filas de la Procesión y en medio de las Hijas de María caminaba Juana María de Fontenay. Vestida con su blanca falda y cinturón azul, avanzaba con paso sosegado entre aquella legión virginal haciendo coro á sus cánticos:

Un soplo amoroso
Bate aquí sus alas,
De Dios es el soplo
De vida y de gracia.
¡Reina y madre mía!
¡Ave, ave, María!

Gloria á tí del cielo
Feliz soberana,
Del mar pura estrella,
Rica luz del alba!
¡Dulce madre pía!
¡Ave, ave, María!

XXXIII

A eso de las cinco de la tarde me hallaba delante de la Gruta. Sabedores de que había sido testigo de la milagrosa curación realizada por la mañana en la Cripta, algunos peregrinos me rodearon pidiéndome les diera cuenta del extraordinario acontecimiento... A poco ya no eran algunos sino muchos. Deseaban oír á un testigo del hecho que pudiera decirles: «Hé aquí lo que mis ojos han visto.»

Después de haber respondido á cuantas preguntas me habían sido dirigidas, me encaminé á buscar un poco de sosiego en la soledad para calmar la impresión de las emociones que habían conmovido mi alma.

Pero un individuo se separó del grupo y se llegó á mí con aire bastante embarazado. Era un Inglés.

— Señor, en calidad de turista he venido á los Pirineos para admirar...

— V. ha encontrado un país admirable. ¿No es verdad?

-- *Very beautiful! Very splendid!*
Pero mi venida era como hombre incrédulo, en ánimo de denigrarlo todo, de combatirlo todo.

— ¿Y bien?

— A mi llegada anteayer quise informarme por la historia de los sucesos que dieron origen á este Peregrinaje. Y aquí acabo de oír á V. referir la curación de que por todas partes se habla... y siento que principio á cambiar. Sí, yo cambio, cambio, señor. Dígame V. ¿qué debo hacer?

-- Cambiar enteramente; sí, cambiar por completo: la hora de la conversión total ha sonado.

Pero no estaba aún bien decidido. Católico de nacimiento, el Inglés había perdido la fe hacía largo tiempo, y aunque quebrantado por la evi-

dencia de los hechos, formulando algunas objeciones, trataba todavía de emanciparse á la acción de la gracia de Dios, que apoderándose de su alma, le arrastraba hacia la verdad. Traté de hacerle comprender que la Providencia misma era quien, para traerle á su primera creencia, lo había conducido hasta allí, quien le había puesto delante de la Gruta de las Apariciones, haciéndole casi testigo directo de aquel prodigio obrado por la intercesión de María.

— Pero, vamos, en fin, concluyó por responderme; si me decidiese á hacer lo que V. me aconseja, ¿á qué sacerdote podría abrir mi pecho? ¿En manos de quien pondría yo mi alma?

— No importa á cuál: todos pueden recibir la confesión de las faltas que V. haya podido cometer, cualquier sacerdote puede absorverle. Sin embargo, preferible es siempre, aún ante el santo tribunal de la Penitencia, buscar la dirección y confiarse en manos de aquéllos que sean más ilustrados ó de más bondadoso cora-

zón. Diríjase V. al Cura de Lourdes, abate de Musy, ó al abate Sire...

— ¿El abate de Musy? repuso con viveza. ¿El que dicen que también ha sido curado aquí....¿El mismo que ha celebrado la misa para la joven?....

— Precisamente.

— ¡Oh! cuán elocuente me ha parecido su discurso de hoy en el oficio de la Basílica á donde entré como mero curioso y por casualidad...

— Pues bien! quiere V. que le presente á él?

El Inglés aceptó. Y como en el camino al acercarnos á Lourdes nos cruzamos con un pasante á quien yo creí reconocer, le dije:

— Ve V. á ese hombre alto?

— Yes, me respondió un tanto sorprendido.

-- El año último, añadí, en este mismo día ese hombre se convirtió á la fe cristiana á consecuencia de la curación del señor abate de Musy. Lo mismo que nosotros, pero solo, seguía entonces este mismo camino y fué á parar al mismo sitio á donde V. va ahora.

Esto asombró mucho al Inglés. Creíase como envuelto por el misterioso velo de lo sobrenatural.

Llegamos al cabo á casa del abate de Musy. Pasáronle recado y salió del pequeño salón. Suponía que era una sencilla visita:

— Lo siento, nos dijo saludándonos, pero estoy ocupado con una persona á quien no puedo despedir. Nos veremos esta noche ó mañana.

— ¡No, no! Repliqué yo con prontitud, nada de aplazamientos! No vengo por la sola satisfacción de ver á V., mi querido abate... ni tampoco soy yo quien desea hablarle... ¿Recuerda V. lo acaecido el año pasado en esta misma fiesta de la Asunción? Para V. el día principió por una curación y concluyó con otra, de un orden mucho más elevado. ¿No echa V. nada de menos?.....

El Inglés estaba un poco alejado, lleno de inquietud, la frente pensativa..... Parecía luchar consigo mismo.

Con un gesto lo señalé al abate de Musy:

— Hé aquí, le dije, la cosecha de la noche; y los dejé solos.

La siguiente mañana en el altar ante el cual Juana había recobrado la salud, el Inglés recibía la comunión de manos del abate de Musy.

Algunos días después, arrodillada igualmente al pie del santo Tabernáculo, la camarera de la condesa de Boulay, abjuraba el protestantismo. Su nombre figura en los registros del Peregrinaje. Se llama la señora Le-fèvre.

XXXIV

Juana no podía decidirse á salir de Lourdes: detúvose para hacer su novenario de agradecimiento á la Virgen.

Habíanse enviado despachos á cuantos por su salud se interesaban y la feliz noticia se hallaba extendida por todas partes. En Autún, el padre, la familia, el buen superior, los amigos, todos gozaban de la común alegría. En el Palacio de Dammartin,

la señora viscondesa de Froissard Broissia, la venerable abuela cantaba su *Nunc dimittis*... Enrique de Fontenay, que no había podido acompañar á su hermana, se apresuró á reunírsele en Lourdes, con el ardiente deseo de abrazarla ó más bien de unirse á ella en su acción de gracias á la Santísima Virgen, que con tan maternal cariño había acogido los votos de todos.

La bendición de las campanas de la Basílica tuvo lugar el día siguiente á la curación de Juana. Esta ceremonia atrajo una numerosa concurrencia. Su Emm. el cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, y los illmos. Prelados Monseñores Langenieux, obispo de Tarbes, d'Outremont, obispo de Agén. Epibant, obispo de Aire, desearon conocer á la joven curada tan milagrosamente... Juana fué á visitarlos en el Chalet de los Obispos y satisfizo á cuantas preguntas le fueron dirigidas. (1)

(1) A propósito del Chalet de los Obispos, véase en el Apéndice la nota 3.

Durante el curso de esta misma semana se realizaron en Lourdes otros prodigios no menos admirables y conmovedores (2). La octava de la Asunción de 1874, ofreció el espectáculo de los tiempos evangélicos. Entre la multitud iban y venían los favorecidos por el Milagro. Todos no formaban más que un solo corazón y una alma sola, y aquel rincón de la tierra brillaba bañado por los esplendores del cielo.

XXXV

Hacia los últimos días del mes de Agosto, un grupo compuesto de cuatro ó cinco personas entraba en la Iglesia de Paray-le-Monial. Una graciosa joven, robusta y de ágiles movimientos iba adelante. Su saya azul, atada á la cintura con un cordón franciscano, tenía el aire de un vesti-

(2) Angela Lesbroussal, de Valompierre [Oise], María Dabonne de Montpazier [Dordoña], una niña de 15 años conducida por su padre el señor P. Hugues, banquero en Toronto [Canadá], recobraron súbitamente la salud...

do de fiesta. Todo en ella expresaba tranquila satisfacción.

Arrodillóse delante del Santuario, bajó la cabeza y dejó á su alma sumergirse en una fervorosa oración... Su madre, sus dos hermanos, una criada medio inválida se colocaron en las sillas contiguas.

Mientras que ellos estaban así prosternados un hombre de cierta edad que acababa de llegar por el último tren, abrió la puerta del Templo y avanzó bajo la nave. Al ver á la joven, alzó en silencio ambas manos al cielo, transportado de indecible gratitud.

Aunque todos sintieron un vivo deseo de salir á su encuentro para abrazarle, esposa é hijos supieron contener este natural impulso.

Entregada enteramente á su adoración la joven nada había percibido. El recién llegado conmovido y tembloroso fué á arrodillarse junto á ella.

¿Quién podrá explicar lo que pasó en el alma de Juana, cuando le vió así rogando á su lado? Medio desmayada apoyó su cabeza sobre el hombro de su buen padre y se echó

á llorar. Sobre la frente de la joven caían ardientes las lágrimas paternales.

De este modo permanecieron algún tiempo, recogidos ante la presencia de Dios. Después ambos se levantaron... ¡Cuán dulces fueron sus abrazos cuando ya estuvieron fuera de la Iglesia! El cielo reunió esta cristiana familia, después del Milagro, en el bendito recinto por los hombres dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.

XXXVI

La señorita de Fontenay volvió á entrar en su vida normal. Seis meses después de su curación, al dar cuenta oficialmente de su estado, ella escribía; « No sólo no he tenido la menor recaída, sino que antes bien mi salud general se consolida de día en día. En cuanto á mi enfermedad interior, la Santísima Virgen me *la ha instantáneamente curado*, y desde el 15 de Agosto puedo estar de pie horas en-

terras, andar y correr *como todo mundo*. Sea cual fuere el tiempo que haga, se me ve cruzar en todas direcciones las calles de la ciudad. Soy feliz y me glorío de vestir la librea de la Santísima Virgen, proclamando en alta voz por todas partes sus misericordias. Además cuido á mi madre enferma hace tres meses y gobierno la casa: mi buena salud tiene asombrada á toda la familia; los extraños, así como los médicos que antes me conocían, jamás hubieran podido creerme capaz de resistir á tanta fatiga. Deseo con toda mi alma que estos pormenores sirvan de consuelo y esperanza á cuantos estén enfermos como yo lo estaba y los mueva á confiar en las bondades de Nuestra Señora de Lourdes! Tanto y tan largo tiempo he sufrido; tantos desfallecimientos físicos y morales he tenido, que *sintiéndome ahora llena de salud, de fuerza y de vida quisiera conducir á todos aquéllos que padecen, hasta los pies de La que tan completamente me ha curado* (1).»

(1) Declaración de la Señorita de Fontenay, publicada en los *Anales de N. S. de Lourdes* del 30 de Mayo de 1872.

Véase en el apéndice, Nota IV, los certificados de los médicos.

La Señorita de Fontenay da largos paseos. Sus pies, inútiles en otro tiempo, hoy no conocen la fatiga. No se resiente ya, ni siquiera piensa en ello, en la lesión interna cuyos desastrosos efectos la habían traído paralizada por espacio de tantos años. Todos los males que antes padecía están curados y muy bien curados... Y, sin embargo, á veces tiene ataques de jaqueca y neuralgias contra las cuales los médicos, con frecuencia consultados, nada han podido hacer todovía.

— Yo conozco la causa, nos ha repetido Juana muchas veces.

— ¿Cuál es ?

— Cuando al solicitar mi curación me sumergí en la Piscina de Lourdes, creyeron hacer bien no bañándome la cabeza á causa de mi espesa cabellera... Nadie me persuadirá que esta preocupación humana y esta falta de fe *sobre un punto*, no sea lo que — *sobre este punto mismo*, — haya servido de obstáculo á la acción de la divina gracia. Asi, considerando como un deber el cuidar mis dolores de cabeza merced á los medios naturales, sufro

resignada las consecuencias de mi duda que vienen á confirmar mi fe. Y estoy contenta de aceptar la pequeña prueba que Dios me impuso al librarme de la grande.

XXXVII

Con licencia del obispado de Tarbes, ocupado entonces por Monseñor Langenieux, una losa conmemorativa fué incrustada en el pavimento de la Gruta de Lourdes, con la inscripción siguiente :

15 DE AGOSTO DE 1874

EN LA FESTIVIDAD DE LA ASUNCIÓN

DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

CURACIÓN DE LA SEÑORITA JUANA MARÍA

DE FONTENAY DE LA DIÓCESIS DE AUTÚN.

“ YD, Y QUE DADO OS SEA COMO HUBIEREIS CREÍDO.” Y AL PUNTO MISMO TUVO LUGAR LA CURACIÓN.

S. MATTH. c. VIII, v. 13.

En la catedral de Autún hay una capilla retirada que en cierto modo

es el centro religioso de la Diócesis. Se conoce con el nombre de « Capilla de los Obispos.» En ella reposan, en el seno del Señor, los obispos que se han sucedido en la silla de Autún. Al rededor, encajadas en el muro, se ven varias placas de mármol negro en las cuales están grabados los nombres de esos sucesores de los Apóstoles...

En medio de los mementos fúnebres figura un grande *ex-voto* de mármol blanco que recuerda no la muerte acaecida sino la vida hallada... Al cabo de tres años de espera, á fin de poder con toda certidumbre hacer constar la plenitud del favor milagroso concedido por la Santísima Virgen á la señorita de Fontenay, el Señor Obispo de Autún, por ordenanza episcopal, vino á autorizarla erección del *ex-voto* en la mencionada capilla. Reproducimos aquí el texto conmemorativo:

Á PERPETUIDAD

EL 15 DE CADA MES Á LAS OCHO Y MEDIA

MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS

Á MARIA INMACULADA

EN RECONOCIMIENTO DE LA CURACIÓN

DE LA SEÑORITA JUANA MARÍA DE FONTENAY
ALCANZADA EN LOURDES

EL 15 DE AGOSTO DE 1874.

PIADOSO RECUERDO Á LA MEMORIA DE MONSEÑOR
DE LESELEUC, OBISPO DE AUTÚN.

ESTA FUNDACIÓN

ACEPTADA POR EL CAPÍTULO DE LA CATEDRAL
FUÉ AUTORIZADA POR ORDENANZA EPISCOPAL

DEL 2 DE AGOSTO DE 1877

CON LA CONDICIÓN

DE SER ANUNCIADA TODOS LOS AÑOS

EL DOMINGO ANTERIOR Á LA ASUNCIÓN

EN LAS DOS MISAS PRINCIPALES

DICHAS EN LA CAPILLA DE LOS OBISPOS.

XXXVIII

La familia entera de Juana participa de sus sentimientos de gratitud. Todos eran buenos cristianos, pero el Milagro vino á aumentar su fe.

Poco tiempo después de haber recibido por segunda vez á su hija de manos de Dios, el señor y la señora de Fontenay gozaron la dicha, llenos de lágrimas, de ofrecer al soberano Maestro y Dueño de todo, una preciosa

joya de su tesoro, una flor selecta de su jardín.

En noviembre del Mismo año 1874, el más joven de sus hijos, aquél que sirvió la misa del Milagro, recibía en San-Acheul el hábito de novicio en la Compañía de Jesús. Hoy se llama el Padre José de Fontanay y ha tenido la gloria de ser expulsado por los fundadores de nuestras libertades... ¡ Bienaventurados, el Señor lo ha dicho, los que sufren persecuciones por la justicia !

En cuanto á Juana, á menudo volvió á Lourdes para dar tributo de gracias á su Bienhechora y recibir una vez más la bendición de Monseñor Peyramale. El Cura de las apariciones llegó á ser su consejero, su director supremo, su padre.

¡ Ay ! llegó un día en que no lo encontró más, y en que para pedirle sus inspiraciones tuvo que prosternarse sobre su sepulcro... !! (1).

(1) Terrible fué el golpe que Juana recibió al saber la muerte del Siervo de María, cuyos amargos sufrimientos había conocido.

El martirio de sus postreros años llegó á su colmo, nos escribía ella. Me desespero de no poder enjugar mis lágrimas... Debería cantar el *Te Deum* por su salvación. Pero sin él ¿ qué va á ser de Lourdes ?... ¿ Será lo que antes ?...

La señorita de Foñtenay se complacía en poner al servicio de los pobres enfermos sus recuperadas fuerzas. En uno de los Peregrinajes de la Salud en que tomaba parte, pasó dos ó tres noches en ferrocarril, y en cada estación de un vagón á otro para prestar socorros á los desvalidos. Continuó después ejerciendo el rudo oficio de hermana de la Caridad en la tierra de los Prodigios.

En el momento en que trazamos estas líneas, cerrando con ellas nuestro relato, acabamos de encontrarla aún en Lourdes durante el mes del aniversario de su curación, asistiendo á aquéllos que sufren como ella sufría; bañándolos piadosamente en el agua milagrosa; saboreando la inefable alegría de ver á veces curarse algunos como ella fué curada, en fin, cumpliendo este precepto del Sabio: «Ejerce con el prójimo la misericordia que Dios ha ejercido contigo.»

Les Bretoux, 8 de Septiembre de 1882.

En la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen.

El era el depositario de las verdaderas tradiciones. A su lado se creía uno en su casa. Su bendición proporcionaba la dicha; sus consejos eran seguidos con santa alegría...”

Novena de San Francisco de Sales.	o 10
Por docenas.	I 00
Al cielo por María por Ortúzar, en rústica	I 00
En tela.	I 50
En tela y corte dorado.	2 50
El Amor filial. Drama en cuatro actos.	o 40
Vida de Domingo Savio, por Don Juan Bosco, Pbro.	o 50
La Farsa Protestante y Martín Lutero	o 30
¿Y qué dirán? ó los respetos humanos. Pedid y recibiréis, ó los bienes de la oración.	o 30
El Cruzado. Leyenda original, por Francisco Hernándo.	o 30
El Duelo. Diálogos jocosos por el Obispo de Santa Marta.	o 30
Valeria y el Secreto. Lecturas recreativas por Madame Matilde Bourdón.	o 30
La Confesión, por el Cardenal Enrique Eduardo Manning.	o 30
El Heroísmo en Sotana, por el General Amber. (Dos entregas)	o 60
El Dolor, por Bougaud— El Hipnotismo, por Gabriel Rosas.	o 30
El carpintero de Lavour.	o 30
Artículos jocosos de controversia católica, por Adolfo Clavarana. (Conclusión).	o 30
Los enemigos de los Curas, por Monseñor de Segur.	o 30
La señorita de Fontenay.	o 30

EN PRENSA

Leyendas y tradiciones.

BIBLIOTECA

Universidad EAFIT



100063138

IMPORTANTE.

Se rüega á los señores suscriptores que no hayan cubierto el correspondiente valor de los números recibidos, se sirvan enviarlo cuanto antes.

LA DIRECCIÓN.



Precio del presente
\$ 0, 30